



ÉPOCA 3.<sup>a</sup>—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 19.—Madrid 5 de Julio de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

| MADRID Y PROVINCIAS |           |
|---------------------|-----------|
| Seis meses.....     | 30 rs.    |
| Un año.....         | 60 »      |
| CUBA Y PUERTO-RICO  |           |
| Seis meses.....     | 1 ps. fs. |
| Un año.....         | 4 »       |

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

| EXTRANJERO         |               |
|--------------------|---------------|
| Seis meses.....    | 11 fr.        |
| Un año.....        | 21 »          |
| FILIPINAS Y MÉJICO |               |
| Seis meses.....    | 3 1/2 ps. fs. |
| Un año.....        | 6 »           |

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica universal*, por D. M. Riera.—*La caridad madrileña*, por Blas.—*Los grabados*.—*Dos capítulos de un libro inédito* (continuación), por D. José María Antequera.—*Los fenómenos de la naturaleza y la agricultura*, por D. J. M.—*El pintor Zanobi* (continuación), por D. C. B.—*El arte de grabar, sus progresos y sus días de gloria y decadencia* (conclusión), por don Domingo Martínez.—*Pachadas modernas*, por D. Juan Bautista Lázaro.—*La oxidación del hierro*.—*Conocimientos útiles*.  
GRABADOS.—*Las montañas de Judea*.—*Restos de la casa de Livia en Roma*.—*La cobranza de contribuciones en Marruecos*.—*Estatua del evangelista San Juan*.

REVISTA

**E**l cólera! Qué palabra tan terrible para esta sociedad que no se acuerda de Santa Bárbara más que cuando truena. Vivir á lo pagano, sin religión, sin moral, sin trabas para las pasiones; gozar de la vida haciendo derroche de fortuna, de salud, de placeres, de sentimientos y hasta de vergüenza; no pensar sino en el goce presente y en el futuro, como si fuéramos inmortales en la tierra, y encontrarse de manos á boca con un enemigo tan terrible, tan implacable como el cólera, es para que la sociedad se espante y horrorice, presa de un miedo mortal. Porque mala cosa es la vejez, pero se va sorteando con remedios de tocador y con ilusiones que fomenta la adulación; malas son las enfermedades ordinarias, pero la medicina con sus adelantos da esperanzas hasta el último trance; mala es la demagogia, pero las bayonetas y los cañones son una garantía de orden compatible con la libertad; malo es el pauperismo, pero el dinero puede corregir sus estragos y echar un pedazo de pan á las fieras hambrientas para que depongan sus amenazas; pero el cólera, ¿qué defensa tenemos contra el cólera?

Lo primero que se ocurre es que dejen de andar los trenes y los vapores del mar, que se paralice el comercio, que se supriman los correos, que se cierren las fábricas, que se disuelvan los ejércitos, que se detenga el progreso moderno, que ha reunido en uno á todos los pueblos, haciendo

más fácil y seguro el contagio de las pestes. Pero esto no puede ser: el progreso se impone, no hay costas, no hay fronteras, no hay distancias; donde quiera que se desarrolle el cólera, hay un peligro para todo el mundo.

¿Y la Medicina? Calla, porque no ha terminado aún sus ensayos. ¿Y los fusiles y cañones? A ellos hay que atribuir el desarrollo del cólera, hace un año

por la guerra de Egipto, ahora por la del Tonkín. ¿Y el dinero? El dinero se reconoce impotente para sobornar al cólera, y tiembla asustado ante un enemigo que resiste á sus seducciones.

Nuestros padres conservaban un talismán poderoso contra el cólera: su confianza en la misericordia divina; pero nosotros hemos perdido ese talismán en los lodazales de la impiedad, y á presencia del cólera no nos queda otro recurso que la apatía epicúrea del cerdo, que revolcándose en el cieno espera tranquilo la muerte.

Hace ya una docena de años que el cólera no hace más que pinitos; se pone en pie, y á los primeros pasos se detiene como contenido por una resistencia misteriosa. Sin embargo, donde saca la cabeza demuestra ser el mismo de otras veces, impetuoso, implacable, voraz, verdadero azote del cielo. Esta conducta al parecer tímida del verdugo asiático ha llegado á quitarnos un poco el miedo, pues no parece sino que el terrible gavián ha perdido las alas. ¿Quién lo contiene?

No es la ciencia, no es el dinero, no son las armas, no son nuestras virtudes. ¿Qué fuerza superior le tira de la rienda?

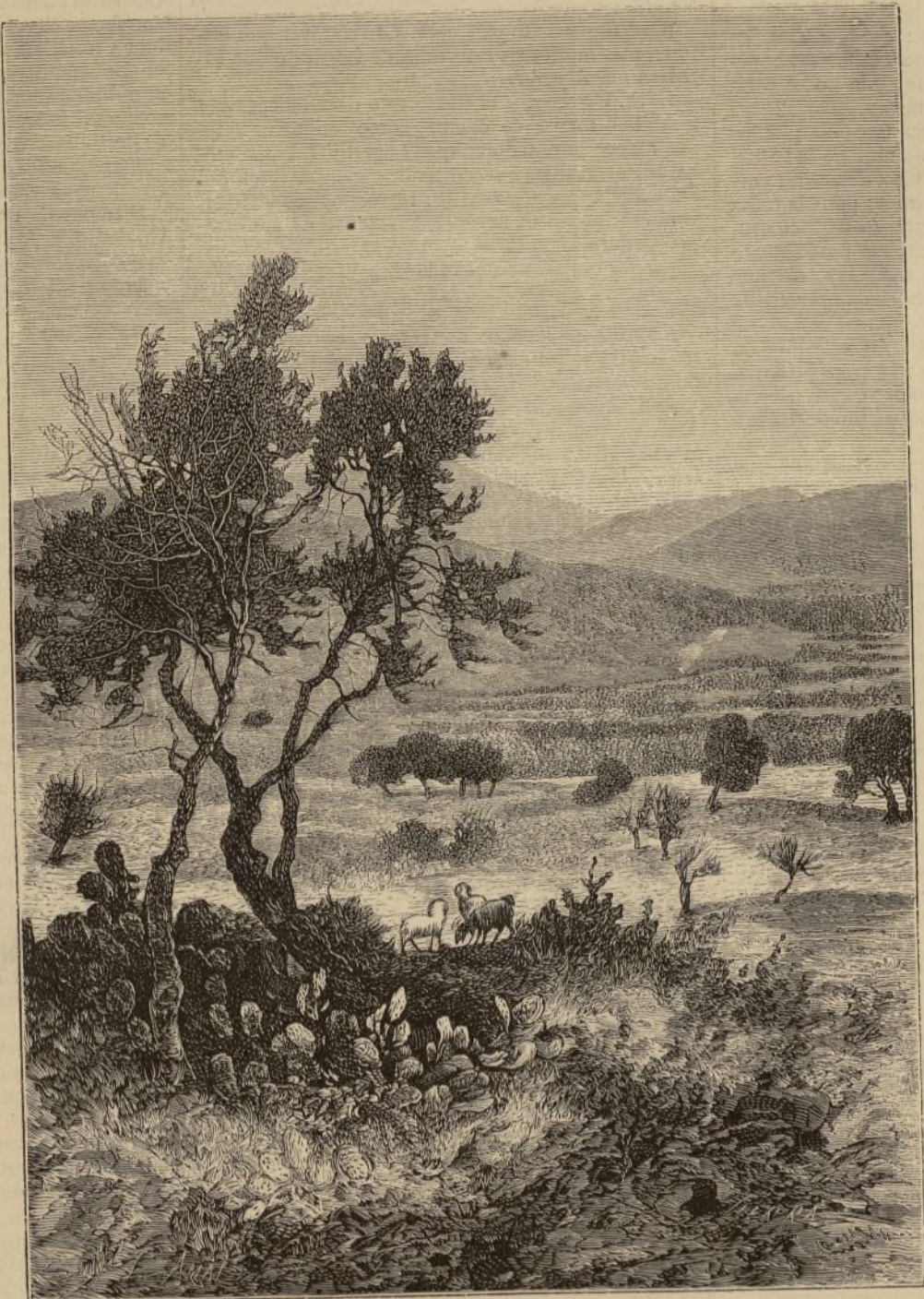
¿Será que todavía quedan justos en las ciudades malditas?

Si esta sociedad no estuviese ciega, ante esas apariciones del cólera, que parecen responder á un misterioso plan de ataque, entraría en cuentas consigo misma para calcular los designios de la justicia eterna; pero está ciega, y no ve los estragos del cólera en cabeza ajena; necesita sentir en el corazón el cuchillo para saber que se ha hecho reo de muerte.

La peste, hermana de la guerra, es uno de los azotes con que Dios llama muchas veces á los pueblos. A presencia de la muerte pocos impíos hay que no bajen la cabeza, y acaten humildes y contritos la justicia de Dios.

\*\*\*

Los calores no aprietan, pero la moda, más rigurosa que la canícula, comienza á movilizar á nuestra buena sociedad, que se apercebe para la emigración veraniega. Aho-



LAS MONTAÑAS DE JUDEA.



ra es el reunir fondos á costa de todo género de sacrificios para hacer un papel brillante en Biarritz, gastando como príncipes y dilapidando como pródigos. El *Palais* abrirá pronto sus salones con sorprendentes novedades, y es preciso contribuir á su esplendor aun á costa del propio bienestar y del porvenir de muchas familias.

Siempre fué caro Biarritz en esta estación, siempre ofreció ancha playa al despilfarro de los españoles; pero ahora, bajo el régimen tutelar de la república grevistista, es más que caro, más que peligroso: es un magnífico garito, donde el juego para señoras y caballeros devora inmensas fortunas y corrompe á familias enteras.

Los hermosos parques, las deleitosas músicas, las graciosas fiestas de playa, no son sino flores que cubren la boca del abismo. En el fondo de aquellas continuas fiestas está escondido el cebo del juego, mantenido allí por extranjeros codiciosos del dinero de nuestros compatriotas, y á él acuden con avidez las víctimas, cegadas por la necedad que las empuja á su ruina. En el verano último los estragos del juego fueron espantosos, pues no sólo los hombres, sino también las señoras, cayeron en los elegantes lazos de la estafa, vestida con el traje de juego francés, muy distinguido y nuevo, aunque más rufianesco en el fondo y más criminal que la banca y el golfo.

Y nuestra buena sociedad no escarmenta; arrebatada por el delirio de la moda maldita, de la distinción mal comprendida y peor practicada, del lujo que devora á sus adoradores, persiste en los mismos males y va desangrándose de honra y fortuna sin reparar en la muerte que le espera y en la fama póstuma que dejará á sus hijos.

¿No ofrecen nuestras costas, desde Vigo hasta San Sebastián, lugares y playas más pintorescas que las de Biarritz y San Juan de Luz? ¿Por qué se ha de despreciar lo propio por lo extranjero, cuando aquello reúne incomparables ventajas sobre esto, pintorescas, higiénicas, económicas y de toda especie?

Nada, predicar en desierto: aquí se sacrifica todo, la salud, la fortuna, el gusto, la honra, la patria, al ídolo maldito de la moda, que no se sacia con menos que con víctimas humanas.

Alguna que otra familia, ó escarmentada por los engaños, ó movida del noble amor de la patria, buscará el sosiego dulce y apacible de nuestras costas cantábricas, asturianas ó gallegas; pero la turba multa, la crema, la *high-lif* de nuestra buena sociedad, correrá de nuevo á Biarritz á dejarse bonitamente los cuartos en los mostradores franceses, sin que haya fuerza que la detenga en la caída precipitada de su bancarrota.

El fenómeno de esta ceguedad no es nuevo en la historia. Pompeya era en la Roma pagana lo que Biarritz en la Francia revolucionaria: estación veraniega poblada de deliciosas quintas, donde la buena sociedad romana iba á despilfarrar su fortuna con fiestas babilónicas. Y no fué necesaria el hacha de los bárbaros para acabar con todo: la ira del cielo envió sobre ella una lluvia de fuego que apagó el de tantas concupiscencias, y hoy sólo quedan ruinas y cenizas en aquel teatro de escandalosas pompas y vergonzosas sensualidades.

Tiene el cielo muchos ministros de sus justicias: la lava del Vesubio puede ser la revolución, el cólera, ¿quién sabe? El hecho es que los grandes escándalos sólo se reparan con grandes expiaciones.

Por triste que sea confesarlo, es lo cierto que los revolucionarios nos dan á los católicos elocuentes lecciones y saludables ejemplos.

Mientras que entre nosotros es frecuente desprendernos de glorias propias adjudicándoselas graciosamente á los impíos, éstos procuran con habilidad satánica hacer suyas todas las nuestras, saltando por la verdad histórica á trueque de lograr el fruto de sus incautaciones.

Decimos esto á propósito de la tentativa, próxima á realizarse, de declarar fiesta republicana en Francia la de Juana de Arco, la heroica doncella de Orleans, poco menos que venerada ya en los altares por sus prodigiosas virtudes y sus hazañas sobrehumanas.

¿Qué se proponen los revolucionarios franceses con esta usurpación? Quitarle á esta gloria de Francia el carácter religioso y monárquico que siempre ha tenido, y revestirla con las presecas republicanas para desvirtuarla y arrebatarle todo su carácter. La Revolución, cuando no puede derribar un monumento, procura falsificarlo. Su plan nunca varía, y consiste en descristianizar la sociedad europea, hija de la Iglesia.

¿Qué hacemos los católicos para oponernos á este plan? Por desgracia, muy poco para oponernos

y mucho para favorecerlo. No sólo no defendemos el carácter de nuestras glorias y la gloria de nuestros hombres, sino que fácilmente los entregamos á la voracidad de la Revolución. No buscamos las chispas de fuego católico que aún quedan entre las cenizas de la Revolución, sino que buscamos las manchas oscuras que oculta el sol entre sus rayos deslumbradores. No decimos: «En esa ceniza hay chispas de luz», sino por el contrario: «En ese sol hay manchas negras».

Asunto es éste digno de meditarse, porque á todos nos interesa, puesto que interesa á la verdad católica y á la sociedad cristiana el que no se consumen las usurpaciones de la Revolución á favor de nuestros despilfarros.

\*\*\*

La Prensa de todos los partidos ha llamado estos días la atención hacia un hecho al parecer leve y en el fondo muy significativo.

Apenas es posible celebrar sesión en el Senado cuando tiene algún interés la del Congreso, y viceversa; si el Senado discute con calor, el Congreso se queda helado.

En otros tiempos había calor para ambas Cámaras, que simultáneamente celebraban sesiones animadas y hasta tumultuosas; pero el entusiasmo de los hombres políticos ha bajado tanto, la fe de los partidos se ha amortiguado hasta el punto de que no es posible sostener el interés en las dos Cámaras, que mutuamente se roban el calor vital que alimenta sus discusiones y da entonación y brillo á sus torneos oratorios.

Esta falta de calor, esta anemia de que hablabamos hace días, es un síntoma de grave decadencia para el régimen parlamentario, decadencia de que se lamentaba el órgano del Sr. Castelar el día de la corrida de toros de Beneficencia, confesando que aquella tarde se suspendería la discusión del Mensaje para que los representantes del país pudiesen ir á la plaza á ver estoquear á Lagartijo y Mazantini.

¿Qué desencanto para el Sr. Castelar, ver que inspiran más interés las estocadas de Lagartijo que los triunfos de la palabra!

El Sr. Castelar, si continúa esta decadencia, va á tener que mudar de oficio; ¿cómo resignarse á tener menos admiradores que Lagartijo? Y sin embargo, el mal no parece tener cura. La vejez del Sr. Castelar va á ser triste: marchitos sus laureles, verá caer secas sus hojas en la soledad de los campos desiertos.

¡Y por último perder el habla!

\*\*\*

Para los aficionados á divertirse, que en Madrid son muchos, las calamidades públicas son un filón de placeres.

Ayer concierto á beneficio de las víctimas de Alcudia, hoy toros á beneficio de los inundados de Murcia; no hay día que no se celebre alguna gran fiesta á beneficio de alguna calamidad pública.

¡Y qué fiestas! De las mejores. La caridad no se contenta con los placeres ordinarios; necesita cosa muy superior, muy selecta, porque las almas caritativas no se dejan arrastrar por una bicoca, ni prodigan al por menor el oro puro de su compasión generosa.

La última corrida de toros de caridad ha sido sobresaliente: buenos toros, buenos toreros, buenas moñas, buena concurrencia: todo superior. Las víctimas de la inundación han debido de quedar satisfechas. La caridad les ha prodigado sus atenciones y las ha colmado de beneficios.

Si el cólera se nos mete en casa va á ser una ganga, porque esa caridad alegre y regocijada no se va á dar descanso en preparar fiestas para remediar sus estragos.

La caridad al uso es tan liberal, que no perdona sacrificios para que sus fiestas sean de primer orden. Y es lo justo, puesto que la economía social ha sentado este principio: «A grandes calamidades, grandes fiestas.»

\*\*\*

Estos días han bajado los fondos.

Nadie se explica la causa; ¿será que el miedo al cólera apaga los fuegos á la codicia, convencida de que sus disparos no alcanzan á las baterías de la muerte?

NULEMA.

## CRÓNICA UNIVERSAL



A sido singularmente grata para la Santa Sede la victoria de los católicos belgas, pues es sabido que León XIII fué Nuncio en Bruselas y conserva gratísimos recuer-

dos de aquella nación, eminentemente católica, donde tiene muchos amigos y entusiastas admiradores. Entre éstos se cuentan muchos de los nuevos ministros, incluso Mr. Malou, presidente del Consejo. Tan pronto como se constituyó el nuevo Gobierno comenzaron las negociaciones para reanudar las relaciones con la Santa Sede, rotas por el anterior, y ya se sabe que será nombrado Nuncio en Bruselas Mons. Rotelli, delegado apostólico en Constantinopla, discípulo del Papa en el Seminario de Perusa y Prelado de toda su confianza.

A Roma irá de embajador un antiguo diplomático muy adicto á la Santa Sede, pero todavía no se ha publicado el nombre.

Calculen si será grato para León XIII este suceso, afanándose como él lo hace por estar en buenas relaciones con todos los Gobiernos, para procurar el bien de la Iglesia universal y el particular de cada una de las naciones del mundo.

Cuando parecían aplazadas las negociaciones con Prusia, el telégrafo nos enteró de dos largas entrevistas celebradas en Roma por los Sres. Cardenal Jacobini y Schloezer. En estas conferencias se ha tratado de activar las negociaciones para llegar cuanto antes al restablecimiento sólido y definitivo de la paz religiosa en Alemania. A juzgar por las últimas medidas del Gobierno imperial, de que luego hablaremos, parece que este suceso, tanto tiempo esperado, no tendrá nuevos aplazamientos. Dios lo quiera.

La Sagrada Congregación de Ritos ha informado favorablemente la petición dirigida á la Santa Sede por el cardenal Haynald para que se celebre en toda la cristiandad, durante el año próximo, el XIX centenario del nacimiento de la Santísima Virgen.

Quiera el cielo que, por la intercesión de su Inmaculada Madre, se vea pronto restablecida la libertad de la Santa Sede y la de la Iglesia católica en todas las naciones que le deben su origen.

Hemos dicho antes que las últimas medidas del Gobierno alemán son favorables á la paz religiosa, y en efecto, como tales han de tomarse las de nombrar Consejeros de Estado á Mons. Kremetz, obispo de Ermeland, la primera víctima del Kulturkampf; al obispo de Fulda y al Sr. Schorlemer-Alts, la persona más influyente del Centro Católico después de su ilustre jefe Windshorsd.

Estas medidas han causado gran sensación no sólo en Alemania sino en toda Europa, pues han venido precedidas de un artículo del órgano oficioso del Gobierno, la *Kölnische Zeitung*, en el cual se declara que Alemania no puede ni debe sustraerse al movimiento de la opinión pública en Europa, favorable á las soluciones católicas y conservadoras.

Relaciónense con estos hechos las entrevistas de Roma, de que antes hablamos, y dígasenos sino es lógico esperar una solución pronta y favorable en la cuestión religiosa de Alemania.

La reacción católica á que se refiere el periódico de Berlín es palpable. Al triunfo de los católicos belgas hay que añadir el de los húngaros. El ministerio Tisza ha salido mal parado de las elecciones, pues debe su triunfo á los croatas, que han sido hasta ahora sus mortales enemigos. Si los católicos de Hungría hubieran trabajado unidos, el triunfo hubiera sido completo; pero hay que contentarse con el resultado obtenido, pues el Gobierno ha salido quebrantado y los católicos han podido persuadirse de la necesidad de trabajar unidos para no malograr la fuerza de que disponen.

La opinión general en Hungría es que el Gobierno, más pronto ó más tarde, tendrá que ceder á la corriente que le empuja fuera del poder, donde tan mal ha representado los intereses de su patria.

El triunfo, también parcial, de los católicos en elecciones provinciales y municipales de Italia, ha causado gran sensación en los carceleros del Papa. La prensa revolucionaria se alarma ante el peligro, que ya parece posible, de un triunfo de los católicos en las elecciones de diputados si llegan á lanzarse á ellas, pues en este caso habría fracasado la unidad italiana, á lo menos en lo relativo á la independencia de la Santa Sede.

Un periódico radical de Roma ha dicho: «Lo sucedido en Bélgica debe servir de experiencia á los liberales italianos.» Perfectamente, pero volvamos la oración por pasiva: «Lo sucedido en Bélgica debe servir de estímulo y ejemplo á los católicos de Italia y de todos los países.»

Laboriosas han sido las negociaciones entre Inglaterra y Francia para acordar las bases de la Conferencia egipcia; pero ya parecen fijadas las bases que han de someterse á la deliberación de las potencias. Inglaterra se compromete á evacuar el Egipto en 1888 y á proponer á las potencias un



proyecto neutralizando este país, y en particular el canal de Suez. La Comisión internacional de la Deuda egipcia se ampliará y se reducirán los intereses de esta Deuda, en atención al estado del país, desangrado por tan larga guerra.

La Conferencia se habrá reunido á estas horas. Tan pronto como sean conocidos sus acuerdos provocarán un amplio debate en el Parlamento inglés, donde va perdiendo mucho terreno el Gobierno, acusado de haber comprometido los intereses británicos en Egipto.

Por lo que hace á la guerra no hay nada nuevo, sino que continúan los preparativos para la expedición al Sudán y la construcción de un ferrocarril de campaña entre Suakím y Berber. La presente estación tiene suspendidas todas las operaciones de guerra.

La Cámara de los Comunes ha aprobado el proyecto de ley electoral; pero se teme lo rechace lo de los Lores, y en este caso se dice que el Gobierno convocaría á nuevas elecciones generales para someter al nuevo Parlamento una reforma en la Cámara senatorial.

Todo indica que la política inglesa se complica en lo interior y en lo exterior, y que en plazo más ó menos corto Inglaterra pasará por una grave crisis.

El Gobierno francés, que se ufana con las ventajas obtenidas en el Tonkín, tiene que pasar por la vergüenza de confesar que lo único positivo que ha sacado de allí ha sido el cólera.

En efecto; la guarnición francesa de Langson ha sido pasada á cuchillo por los chinos, mandados según parece, y esto es lo grave, por importantes generales del Celeste Imperio. La tan cacareada paz de 11 de Mayo ha sido rota por los chinos, lo cual prueba que están resueltos á emprender con nuevo ardimiento la guerra contra Francia. Si es así ya le ha caído que hacer á la República, pues nunca pudo imaginarse el Gobierno francés que los chinos tomaran la ofensiva. La guerra en grande escala sería fatal para los franceses.

Sobre sus tentativas en Marruecos se ha hecho poca luz en esta decena; pero se sabe que las maniobras de Mr. Ordega continúan, que el scheriff de Wassán incita á los súbditos marroquíes del Riff á pedir la protección de Francia, y que Inglaterra, recelosa sin duda, ha enviado oficiales de su ejército á Marruecos, cuyo Gobierno prepara una expedición militar contra las tribus fronterizas de Argelia que se han sublevado.

Si se renueva la guerra de China, es de creer que el Gobierno aventurero de Francia se reporte en sus ambiciones y piense mejor las cosas antes de meterse á provocar conflictos.

De los sucesos interiores de Francia hay poco ó nada nuevo, fuera de la triste novedad del cólera. El Senado sigue discutiendo y aprobando los artículos sobre la ley del divorcio, que será promulgada con algunas mitigaciones. La Cámara de Diputados sigue tratando de la revisión constitucional.

Se anuncia en plazo breve una crisis, que unos suponen será parcial, otros total. La verdad es que el Gabinete está quebrantado.

Gracias al celo incansable de los católicos, las cosas van mejorando en Suiza. Mons. Lachat, obispo de Basilea, ha sido nombrado ciudadano de honor del Cantón de Lucerna, alta distinción con que este Cantón ha querido obsequiar á su Prelado, perseguido por los cinco Gobiernos radicales de su diócesis.

Pero la noticia más importante es la de que el Consejo nacional de Berna, por 98 votos contra 40, decidió en la sesión de 24 de Junio, conformándose con la proposición del Consejo federal, tomar en consideración la proposición de los católicos para la reforma de la ley fundamental de la República, é invitar al Consejo federal á que presente una Memoria relativa á esta revisión, que debe llevarse á cabo en el más breve plazo posible.

Este triunfo de los católicos ha sorprendido á los radicales, haciéndoles comprender que se acerca el término de su dictadura. Dios quiera que sea cuanto antes.

La sociedad de los Estados Unidos ofrece cada día más marcadas dos corrientes poderosas: una hacia el Catolicismo, y otra hacia las empresas arriesgadas. La Iglesia católica y el becerro de oro se disputan aquella sociedad, llamada á representar un gran papel en el mundo si, como parece, la corriente católica continúa en activo progreso.

Así es de creer, pues las quiebras recientes han sido un gran golpe para los especuladores, mientras que los beneficios del Catolicismo demuestran el saludable influjo de la Iglesia.

Las quiebras, según las últimas noticias, continuarán en aumento, pues ya dice nuestro refrán que la codicia rompe el saco.

Este es un beneficio para la verdad.

M. RIERA.

## LA CARIDAD MADRILEÑA



El pueblo de Madrid! Yo te saludo....

No es esto; me ha salido, sin pensarlo, un soberbio endecasílabo, como me hubiera podido salir un panadizo; pero no me sirve, puesto que no trato de escribir un poema ni una oda para cantar en verso las alabanzas del pueblo madrileño.

Vamos por otro camino:

Si hay algún pueblo en el mundo digno de ser celebrado....

¡Tá, tá, tá!.... Esto es aún peor. Podría pasar para principio de un romance, ó de una copla, ó de un discurso parlamentario (que algunos he oído dignos de figurar entre las coplas de Calainos); pero repito que no me propongo escribir en verso.

Probemos de nuevo, aunque sea abdicando de toda originalidad y discurriendo por cuenta ajena: «El pueblo de Madrid, el pueblo invicto del Dos de Mayo y del Siete de Julio....»

Dirán ustedes que esto ya es hablar en prosa. Pues no, señores míos, no es prosa; porque ahora recuerdo que esas frases, en apariencia prosáicas, constituyen dos versos, tal vez frustrados, en opinión de un estudiante de retórica, pero consumados y perpetrados por un poeta á quien acaso hayan ustedes oído nombrar por los motes de *inspirado* y *distinguido*.

Queda sentado (ó queda en pie, mejor dicho) que tampoco hace á mi propósito ese principio, tomado á préstamo entre los vates más acaudalados del Parnaso moderno.

Y sin embargo, fuerza es empezar de alguna manera, ó se quedarán ustedes sin artículo de Blas en este número.

Conste que esto último es una broma con que me he permitido dar á ustedes una dadadita de miel. No, no se alborocen ustedes tan pronto, porque, Dios mediante, tendrán que sufrir otro acceso del reumatismo literario periódico que han contraído por entrar sin paraguas bajo el canalón de mi torrencial palabrería.

Ea, fuera pereza, y veremos si ahora escribo en prosa sin saberlo.

Ante todo, y para que ahorremos tiempo, ustedes en leer y yo en escribir, figúrense ustedes que esa línea de puntos suspensivos es un largo párrafo.

Sigan ustedes figurándose que ese párrafo largo es tan elocuente, tan vivo, tan atildado y tan correcto como si le hubiera escrito un revistero de toros.

Continúen ustedes haciéndose la ilusión de que en el susodicho elocuente párrafo han leído una calurosa apología del pueblo de Madrid (ya pareció aquello que se me había extraviado), sublimándole entre todos los pueblos y entre todas las *pueblos*, incluyendo la de Sanabria y la de Don Fadrique.

Y acaben ustedes por suponer que ese párrafo, encomiástico como un párrafo del Mensaje ó como un reclamo de *artículos de fantasía*, termina así, poco más ó menos:

«De todo lo expuesto se deduce que el pueblo de Madrid es, entre todos los pueblos cristianos de Europa, el más dispuesto, el más accesible, el más ardiente y hasta el más *ingenioso* para practicar aquella virtud que más dignifica á las naciones y á los individuos.»

Esto es, como ahora se dice, la síntesis del párrafo que han debido ustedes leer en esa tabla rasa de puntos suspensivos *in qua nihil est scriptum*.

Tal vez crean ustedes que me chanco, ó cuando menos que les presente una especie de charada cuya solución no aparecerá hasta el próximo número.

Nada de eso: voy á demostrar ahora mismo con hechos patentes, públicos y tangibles que el pueblo de Madrid es *el pueblo caritativo por excelencia*.

Haré, sin embargo, una salvedad que, si en apariencia aminora los quilates de esa virtud, en realidad la engrandece y da mayor realce.

Esta salvedad consiste en que los madrileños, al ejercitar sus instintos caritativos (hablo en tesis general), tal vez no se atemperan al precepto cristiano de que la caridad debe hermanarse con la humildad, y no ha de practicarse con aparatosa ostentación ni con públicos alardes. Harto saben los que con el nombre de cristianos se honran que «la limosna que da la mano derecha no debe ser conocida de la mano izquierda». Pero estas santas máximas podrán tener aplicación á la caridad tibia y vergonzante, á la caridad de menor cuantía, á la caridad que se

aplica en su grado mínimo, no á la caridad espléndida que, á despecho del albedrío, se desborda dentro del pecho, rompe todos los diques de la prudencia y del sigilo, y se derrama en torrentes de consuelo y de bienestar sobre los necesitados, á manera de esas inundaciones del Nilo que fecundan y engrasan los secos arenales y las tierras empobrecidas.

Esta, ésta es la caridad que yo quiero celebrar en estos incoloros renglones. Esta es la caridad que sabe practicar el calumniado pueblo de Madrid. Esta es la caridad colectiva, la caridad tumultuosa, la caridad *desenfrenada*, si puede admitirse este extraño maridaje de palabras.

No olvidaré nunca el espectáculo que presencié hace pocos días.

Se había hecho un llamamiento á la caridad pública de los madrileños en favor de las víctimas de la última inundación de la provincia de Murcia. Se había señalado la tarde, la hora y el sitio en que debían recogerse los donativos. Se habían fijado de antemano las cuotas de la limosna; cuotas que á una caridad menos fogosa que la de nuestro pueblo habrían parecido exorbitantes. El minimum de estas cuotas era de *cuatro pesetas* por individuo y el maximum de *setenta duros*, si no estoy equivocado.

Pues bien, llegó el momento de la recaudación... y aquello fué un delirio; un delirio de generoso desprendimiento, una lucha de abnegación, un pugilato de caridad que hubiera enternecido á los adoquines de las calles si no hubiesen estado tan preocupados con el abandono en que los tiene el Ayuntamiento.

Yo había salido aquella tarde de mi casa apoyado en el brazo de Roque, y llegué á la Puerta del Sol á las tres.

La animación, el bullicio, el movimiento, la algazara que en aquel sitio y calles á él afluentes reinaban á la sazón, deslumbraban la vista, aturdían los oídos y mareaban la cabeza.

Detúveme, entre receloso y maravillado, ante aquel cuadro lleno de vida calenturienta, y volviéndome hacia mi sirviente, le pregunté qué significaba aquello.

Roque, que estaba como alelado, mirando sin ver, escuchando sin oír y discurriendo sin comprender, se contentó con encogerse de hombros y fijar en mí los ojos, que en aquel momento me parecieron los ojos típicos del perfecto papanatas.

Seguimos andando en dirección á la calle de Alcalá, y entonces pude observar que todo aquel conjunto abigarrado de lujosas carretelas, berlinas deslucidas, ómnibus incommensurables, diminutos tñburis, jardineras, victorias, coches á la calesera y otros muchos vehículos cuya nomenclatura desconozco, todos llenos de gente de distintas categorías sociales, pero animados de un mismo sentimiento; que todos aquellos grupos pedestres en que se mezclaba la levita con la blusa, el chaquet con el marsellés, el pañuelo de Manila con la sucia falda de percal, el sombrero-duquesa ó princesa con el peinado-chula ó el velo-costurera, la batista con el algodón, los hombres graves con las chicuelas desenvueltas, los papás de niñas ruborosas con los hijos del vicio y de la crápula; pude observar, digo, que aquella corriente humana se encaminaba en una misma dirección: la calle de Alcalá.

Aquel día no era festivo, aquella hora no era la del paseo en la estación de verano, aquella concurrencia no era la que de ordinario transita por tales sitios...

—¿A dónde va esa gente, Roque?—volví á preguntar á mi viejo criado.

—Si fuera domingo, yo diría que iban á los toros—me contestó.

—Pero como no es domingo, sino viernes—repliqué—no van á los toros, sino á otra parte.

Este diálogo fué interrumpido por la llegada de un antiguo amigo mío, que me dió un abrazo muy apretado, y acto seguido me preguntó entre gozoso y sorprendido:

—¿Con que usted también, Don Blas?

Y como yo, por toda respuesta, le mirase como quien pide explicación de una cosa que no entiende, prosiguió mi amigo Don Feliciano:

—Así me gustan á mí los hombres, que cuando llega el caso saben prescindir de sus preocupaciones y sacrificar sus escrúpulos en aras de la caridad.

—Señor Don Feliciano—le dije realmente admirado—no le comprendo á usted.

—Pues es muy sencillo, señor don Blas: le encuentro á usted á las tres de la tarde en este sitio y confundido en la corriente general, y me he figurado que no viene usted á humo de pajas, porque no es usted de aquellos que dicen: *¿A dónde vas, Clemente? Al ruido de la gente*. Y como, por otra parte, siempre ha tenido usted sentimientos caritativos...

—Pero vamos á ver—le interrumpí ya impaciente—¿qué tienen aquí que ver los sentimientos caritativos con este hervidero de gente que nos arrolla y no nos permite estar parados?



—¿Cómo! ¿Usted no sabe á dónde va esa muchedumbre?

—Hace media hora que me lo estoy preguntando, sin atinar con la respuesta.

—Pues va, ó por mejor decir vamos, á ejercer un acto de caridad.

—Sigo no entendiendo una jota, Sr. D. Feliciano.

—Digo que vamos á cumplir el más grato de los deberes para un buen cristiano; vamos á socorrer á nuestros prójimos de la provincia de Murcia, arruinados por las avenidas.

—¿Y precisamente á esta hora?

—A esta hora precisamente. Una hora antes hubiera sido demasiado pronto; una hora después habría sido demasiado tarde.

—Pues me alegro de llegar á tiempo, amigo D. Feliciano, que yo también quiero concurrir á tan buena obra con mi modesta ofrenda.

—¿Ve usted, amigo D. Blas, como había yo adivinado que, á pesar de sus preocupaciones y de sus sátiras, mejor intencionadas que justificadas, sería usted hoy de los nuestros y se vendría con nosotros?

—Pues no, señor, no voy con ustedes, porque la pierna no me permite ir muy lejos de mi casa, pero todo puede arreglarse.

—Si usted no viene, no veo arreglo posible.

—Sí, señor; usted será bastante condescendiente para suplir mi falta, depositando, á la par que la limosna de usted, la que yo le entregue.

Y diciendo esto, eché mano al bolsillo buscando algunas monedas de plata que entregar á mi amigo; pero me contuve á mitad de esta operación oyendo la franca carcajada de D. Feliciano.

—¡Siempre ha de estar usted de buen humor!—me dijo.—En verdad que es chistosa ocurrencia. Usted me da su dinero y se vuelve á su casa; yo tomo el dinero de usted y me divierto... y todos nos divertimos.

—¿Que nos divertimos?

—¡Ya lo creo! Usted representado por mí, y yo en representación de usted y por derecho propio.

—Bien sé yo, Sr. D. Feliciano, que para hombres como usted el practicar una obra de caridad equivale á procurarse una satisfacción íntima, superior á todos los gozos de los sentidos; pero no alcanzo que llame usted á eso *diversión*, cual si se tratara de un espectáculo.

—¿Pues de qué cree usted que se trata, sino de un espectáculo, del mayor, del único, del espectáculo por excelencia?

—¡Acabara usted con mil de á caballo!—exclamé con alguna destemplanza.—¿Es decir que se trata de una corrida de toros?

—¡Gracias á Dios que ha dado usted la estocada en su sitio! Sí, Sr. D. Blas; se trata de una corrida extraordinaria, en que van á lidiarse ocho toros, que serán estoqueados por...

—Basta, basta, me doy por enterado.

—Ahora comprenderá usted, D. Blas, cómo un buen cristiano sabe conciliarlo todo; cómo del cumplimiento de un deber religioso puede hacerse una diversión lícita y honesta; cómo en una banderilla de fuego puede encenderse la antorcha de la caridad; cómo con la escopeta de la filantropía pueden matarse dos pájaros de un tiro...

—Pues ¿qué quiere usted que le diga? no lo comprendo; ni veo el deber religioso, ni la antorcha, ni la escopeta, ni la caridad.

—¿No cree usted que toda esta gente que va á la Plaza de Toros, y que ha pagado los billetes á triple ó cuádruple precio de su valor ordinario por tratarse de una obra benéfica, va impulsada por la Caridad?

—No, señor; va impulsada por un inmoderado deseo de *divertirse*, como usted ha dicho muy bien; va á recrearse en actos de ferocidad, en emociones crueles, en la previsión de terribles peligros para sus semejantes, en la vista de la sangre vertida por inofensivos animales y por fieras que no lo serían si no se les educase esmeradamente para que lo sean en el circo. Va, en nombre de una hipócrita caridad, á contemplar escenas que ofenden á los puros sentimientos y á la conciencia humana, que repugnan á los instintos compasivos y que están completamente reñidas con la caridad cristiana.

—Yo no defiendo las corridas de toros, señor D. Blas; pero ya que están admitidas, ¿por qué no hemos de utilizarlas para alguna buena obra?

—Porque sobre una base falsa no puede levantarse nada sólido; porque, como dijo su amigo y correligionario el difunto marqués de Albaida, no se puede hacer una buena tortilla con huevos podridos; porque ni aun para sacar una alma del purgatorio se debe hacer cosa que esté en desacuerdo con la conciencia.

—¿Y cree usted que los que vamos á los toros no tenemos conciencia?... Me parece eso un poco fuerte.

—No digo tanto, Sr. D. Feliciano, pero contésteme usted con sinceridad á unas cuantas preguntas.

—Diga usted.

—Si dependiera de usted la vida de un prójimo, ¿haría usted el sacrificio de renunciar á una diversión? No me conteste usted, porque ya sé que, no un fútil entretenimiento, sino su fortuna entera daría usted por evitar la muerte de un inocente. Sigo preguntando: ¿cree usted que si consultamos uno por uno á todas y todos los que van á los toros, no dirán lo mismo que usted?

—Indudablemente.

—¿No admite usted la eventualidad de que uno ó varios de esos hombres que se dedican á lidiar toros morirán en las astas?

—La admito, puesto que esa eventualidad se ha convertido muchas veces en hecho consumado.

—¿De manera que sería para usted un gravísimo cargo de conciencia echar sobre sí la responsabilidad de alguna de esas desgracias?

—¿Qué duda tiene?

—Pues entonces, ¿por qué no evita usted esas muertes atroces de sus prójimos?

—¿Me lo pregunta usted con seriedad?

—Con toda la seriedad de un caso tan grave.

—Pero yo no puedo evitarlo.

—Sí, señor, haciendo el sacrificio de sus aficiones, no concurriendo á esas fiestas, cosa que, como usted ha dicho, no le costaría gran trabajo.

—Permítame usted, D. Blas, le diga que no alcanzo cómo mi alejamiento de los toros puede evitar que mueran los toreros.

—Permítame usted, por su parte, que le recuerde, Sr. D. Feliciano, que hace un momento convenía usted en que, individualmente, todos los aficionados á toros se abstendrían de esta diversión si se les asegurase que, haciéndolo así, evitaban las desgracias que ocurren en dicho espectáculo.

—Es verdad.

—Pues si *todos* individualmente sienten así, renuncie *cada uno* á los toros y resultará que se hará *imposible* la muerte de los toreros.

—Claro está, porque si *nadie* concurriese á la fiesta taurina se acabaría la fiesta.

—Y con ella las desgracias á que da motivo.

—Pero eso...

—Pero eso quiere decir, sin componendas ni mixtificaciones, *que la muerte de los lidiadores por los toros es imputable á la conciencia de los espectadores*.

—¿Qué horror!

—Mírelo usted como quiera, y verá que la consecuencia es perfectamente lógica.

—Vaya, vaya, Sr. D. Blas —dijo mi amigo consultando su reloj— son las tres y cuarto, y la corrida empieza á las tres y media... Si no me doy prisa, voy á perder el primer toro... y, la verdad, no me haría gracia después de haber pagado cinco duros por el billete.

—Sí, sí, apresúrese usted, no sea que le salga fallida la cuarta parte de su *caridad* en favor de los murcianos.

Nos despedimos, volví á tomar el brazo de Roque, y regresé á mi casa murmurando entre dientes: *Madrid es el pueblo más caritativo del mundo.*

BLAS.

## LOS GRABADOS

### LAS MONTAÑAS DE JUDEA

Fueron estas montañas en otro tiempo fértiles y pintorescas; pero después del tremendo deicidio todo anuncia en Galilea la huella de una maldición que parece reflejarse en el aspecto de la naturaleza. Todo son peñas y polvo en sus campos y montañas, y un color ceniciento, cual si fuera un paño fúnebre, cubre toda esta tierra; "de vez en cuando se quebrantan y hienden los montes en gargantas estrechas y profundas, que son unos abismos sin senda, y en los que la vista no distingue otra cosa más que la repetición de las mismas escenas que le rodean. Casi todos estos montes tienen apariencia volcánica, y las piedras que han rodado sobre sus laderas ó sobre el camino parecen pedazos de lava endurecidos y con grietas abiertas por los siglos. A trechos, aunque á grande distancia, y sobre las crestas de algunos collados, se nota también ese ligero tinte amarillento y sulfúreo que se ve sobre el Vesubio y el Etna. Cuando llega uno á la cumbre de una de estas montañas y se extiende un instante el horizonte, no se ven sino cordilleras negruzcas, cimas cónicas ó truncadas, amontonadas las unas sobre las otras por eslabones de collados semejantes, con barrancos sin fondo visible, donde no se oye ni correr agua, ni un árbol, ni una hierba, ni un musgo siquiera; ruinas de un mundo calcinado, en donde el hervor de la tierra inflamada ha formado estas ondas de piedra." Hasta aquí Lamartine.

"Al contemplar, dice Chateaubriand, aquellos sitios estériles y solitarios, comprendí muy bien por qué la hija de Jephthé quería llorar sobre la montaña de Judea, y por qué los profetas iban á lamentarse á los parajes encumbrados."

### RESTOS DE LA CASA DE LIVIA EN ROMA

Pocos son los monumentos pictóricos que nos quedan de la antigüedad á pesar de la fama de Apeles y otros artistas, encomiada á maravilla por sus contemporáneos. De la arquitectura y escultura quedan muchas obras maestras; pero esto se explica muy bien por los medios diferentes en duración y solidez de que se valen estas artes, comparados con los de la pintura. Sin embargo, los restos que en las excavaciones se han hallado, y aun las descripciones de los historiadores, permiten creer que la pintura mural fué la que principalmente se cultivó entre griegos y romanos. De esta clase de pintura quedan valiosos restos en Pompeya y en Roma, y de ella es muestra nuestro grabado, que además reproduce la decoración peculiar de la casa romana, decoración que hemos denominado *pompeyana*.

### LA COBRANZA DE CONTRIBUCIONES EN MARRUECOS

Dibujo de Balaca.

La política de aventuras de la República francesa ha puesto, según parece, sus ojos en Marruecos. Estas sospechas, fundadas en sucesos recientes, hacen que hoy se fije la atención de Europa en el imperio marroquí, ordinariamente olvidado del resto del mundo. Este Imperio, que forma uno de los antiguos estados de Berbería, se compone de ocho millones de súbditos y linda con nuestros presidios de Africa por el norte, lo cual es causa de frecuentes relaciones, no siempre amistosas, como lo recuerda la famosa guerra de 1860. Este Imperio, habitado casi en su mayoría por las razas moriscas expulsadas de España, carece de buen régimen político y administrativo, siendo teatro de continuas rebeliones y á veces de largas luchas intestinas. Es una prueba del estado anárquico de este Gobierno el modo habitual de cobrar las contribuciones que se representa en el grabado; de otro modo sería imposible, porque el país es pobre en dinero pero rico en rebeliones. Las contribuciones se cobran militarmente, y gracias que así no haya dificultades, pues con frecuencia acaece que el cobrador es recibido á tiros en algunos pueblos. Aunque decimos que Marruecos es un pueblo semisalvaje, en este punto, según van las cosas, será posible que dentro de algunos años no tenga nada que envidiar á los Estados de Europa.

Pero sea de esto lo que quiera, el caso es que las cosas de Marruecos deben interesarnos vivamente, pues la misión providencial de España está en la civilización del Africa, hacia donde le arrastran sus condiciones geográficas, sus tradiciones históricas y hasta la inclinación y el carácter de nuestro pueblo, hijo de los héroes de la Reconquista. Ninguna otra nación más que España debe tomar á su cargo la civilización de Marruecos: los ingleses se han metido en Egipto, los franceses en la Argelia; el Africa va siendo absorbida por Europa. ¡Cuide España de que no le cierre ninguna nación ambiciosa el camino de sus conquistas naturales!

### ESTATUA DEL EVANGELISTA SAN JUAN

Es una de las cuatro estatuas de los Evangelistas que hay en el templete ó fuente del patio de este nombre en el Escorial. Fué obra, como las demás, de Leoni, y se recomienda por los mismos méritos que sus hermanas.

## DOS CAPÍTULO DE UN LIBRO INÉDITO

*Derecho de la Iglesia á la adquisición y posesión de bienes.*

### I

(Continuación.)

Es de advertir que Constantino edificó además, sólo en Roma, las iglesias de San Pedro, San Pablo, Santa Cruz de Jerusalén, Santa Inés, San Lorenzo y San Marcelino, y otras cuatro en Ostia, en Albano, en Capua y en Nápoles. La iglesia de San Pedro en Roma tenía casas en Antioquía y tierras en los alrededores: tenía asimismo bienes en Tharsis, en Cilicia, en Alejandría y en todo el Egipto, y hasta en la provincia del Eufrates, y una parte de esas tierras debía contribuir con cierta cantidad de aceite de nardo, bálsamo, estoraque, canela, azafrán y otras drogas preciosas para los incensarios y las lámparas.

«Añádase á esto, continúa Fleury, las iglesias que Constantino y su madre Santa Elena hicieron construir en Jerusalén, en Belén y en toda la Tierra Santa, la de los doce Apóstoles y las demás que fundó en Constantinopla, porque él construyó todas sus iglesias: la de Nicomedia y la de Antioquía, dignas de la grandeza de la ciudad. Añádanse las liberalidades que hizo á las iglesias en todo el Imperio. Añádase lo que dieron los gobernadores y todos los grandes señores que se hicieron cristianos; las considerables dádivas de aquellas santas señoras que renunciaron á tantos bienes para abrazar la pobreza cristiana, como lo hicieron en Roma Santa Paula y Santa Melania, en Constantinopla Santa Olimpiades y varias otras. Añádanse, en fin, los dones de los Obispos, que todos se esforzaban á porfía en adornar y enriquecer sus iglesias, y júzguese después de esto cuán ricos no deberían ser los templos en las grandes ciudades, ca-



pitales de esas provincias que hoy pudiéramos considerar como reinos.<sup>1</sup>

No se contentaron los primeros Emperadores cristianos con hacer tantas donaciones á la Iglesia, sino que aumentaron por medio de edictos las de los particulares. Ya, conforme á las leyes antiguas, era permitido hacer á los templos y á los sacerdotes del paganismo donaciones *inter vivos* y por testamento. Constantino lo estableció de la manera más expresa respecto á la Iglesia cristiana: «Tenga cada cual al morir la facultad de dejar lo que quisiere de sus bienes al santísimo, católico y venerable concilio (de la Iglesia), y no se contradiga su voluntad.<sup>2</sup>»

Desde el siglo IV en adelante mostraron constantemente los Emperadores, los Reyes, los Príncipes, los señores y los particulares su celo, en más ó menos grado según la diversidad de los tiempos y de los lugares, por dotar á las iglesias y construir ó conservar los edificios religiosos; en el servicio y la pompa del culto católico; en el alivio de los enfermos y de los pobres, que han sido siempre objeto de la paternal solicitud del clero, y en la fundación de escuelas públicas y de monasterios, que tan grandes servicios han prestado á la civilización.

Los Papas y los Obispos siempre aceptaron y favorecieron estas fundaciones, haciéndolas cumplir en conformidad á las intenciones expresas ó tácitas de los fundadores, y al aceptarlas y favorecerlas mostraban claramente que reconocían en la Iglesia el derecho, inherente á toda sociedad, de adquirir y poseer bienes, derecho que la Iglesia ha ejercido constantemente desde que la conversión de Constantino le dió la libertad que no tenía en tiempo de los Emperadores paganos.

Y para demostrar el empeño que la Iglesia puso siempre en la conservación de estos bienes y en la defensa de su derecho, vamos á citar, por el orden en que se nos presentan, varios textos importantísimos, cuya fuerza es incontestable.

El concilio de Ancira (año 314) ordenó por su canon XV que si, vacante la Sede episcopal, los sacerdotes á quienes se hubiesen constituido ecónomos de los bienes de la Iglesia vendían algo de ellos, el Obispo podía, al ocupar la Sede, anular el contrato ó recibir el precio de la venta. Se ve en esto nuevamente confirmado que desde el principio del siglo IV tenía la Iglesia bienes, y que toda enajenación de ellos no estuviere autorizada por las reglas canónicas se consideraba nula.

El concilio de Antioquia (año 332 según unos, ó 341 otros) dicta en sus cánones XXIV y XXV disposiciones concernientes á la conservación y al uso de los bienes de la Iglesia. En él se habla de los frutos de los campos eclesiásticos.

San Gregorio Nacianceno, que murió el año 388, al animar á Aerio y Alipio á cumplir la voluntad de su madre, que había dejado á la Iglesia una parte de sus bienes para socorrer á los pobres, les recuerda que muchos fieles han dispuesto de todas sus casas en favor de sus iglesias y que otros les han dado cuanto tenían.

Cuando el emperador Valentiniano autorizó las juntas de los arrianos, quisieron éstos apoderarse de las iglesias que pertenecían á los católicos. En las perturbaciones á que esto dió lugar, San Ambrosio (que murió en 397) se defendió con admirable energía. «Me proponen, decía, que entregue los vasos sagrados, y he respondido que si me pidieran mi tierra, mi casa, mi oro ó mi plata, lo daría de buena voluntad; pero no puedo quitar nada del templo de Dios al entregar lo que he recibido para conservarlo...» «Nosotros damos al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios... El Emperador está en la Iglesia, pero no sobre la Iglesia, y está obligado á sostener sus intereses.» *Imperator intra Ecclesiam, non supra Ecclesiam est.*<sup>3</sup>

San Bonifacio, elegido Papa el año 418, calificó de sacrilegos á los que usurpan los bienes consagrados á Dios. «A nadie es permitido ignorar, dice, que lo que se ha consagrado á Dios, lo que una vez se ha dedicado el Señor se cuentan en el número de las cosas santas, y pertenece á la Iglesia. Por eso el que toma, arrebatara, destruye ó usurpa la heredad que pertenece al Señor ó á la Iglesia debe ser mirado como sacrilego mientras no haya expiado su crimen y dado satisfacción á la Iglesia. Y si se niega á hacerlo, sea excomulgado.<sup>4</sup>»

El Papa San León, de acuerdo con el concilio de Roma de 447, que reunió con este objeto, prohibió á los Obispos de una manera absoluta disponer de los bie-

nes de su Iglesia por donación, venta ó cambio, á no ser que, después de haber deliberado con el clero, crean que esa donación, venta ó cambio puede ser verdaderamente provechosa á la Iglesia.

El concilio general de Calcedonia del año 451 presidido por los legados del Papa San León, además de confirmar los cánones hechos en los anteriores Concilios, dispone que los monasterios, una vez consagrados por la autoridad del Obispo, no muden de estado, de suerte que no sea permitido convertirlos en viviendas seculares, ni enajenar los bienes que les pertenezcan.

El concilio de Roma del año 504, presidido por el mismo Papa el año 504, y reunido expresamente para poner remedio á los males que las iglesias experimentaban de parte de los que se apoderaban de sus bienes, declaró que debería tratarse como heréticos á los usurpadores y anatematizarlos si se negaban á restituírlos, y prohibió que se les admitiese á la comunión de la Iglesia hasta que hubiesen satisfecho por medio de una restitución completa. Añade que es gran sacrilegio en los que deberían velar por la conservación de los bienes de la Iglesia, es decir, en los cristianos que temen á Dios, y sobre todo en los Príncipes y gobernadores de provincias, quitar á la Iglesia lo que los fieles le han dado para el perdón de sus pecados y la salvación de sus almas, y convertir sus piadosas ofrendas en otros usos, ó conceder su posesión á personas extrañas en perjuicio de la Iglesia. «Por lo que, añade, todo el que pida reciba, posea, retenga ó disfrute injustamente fondos ó tierras dados ó dejados á la Iglesia, si no los restituye sin demora, sea anatema.» Igual sentencia pronunció contra los que obtuvieran la posesión de bienes eclesiásticos bajo pretexto de que se les habían dado por liberalidad ó por orden de los príncipes ó de los poderosos del siglo, ó porque ellos mismos los hubiesen usurpado ó retenido con la protección de un poder tiránico.

El Papa San Agapito, primero de este nombre, escribiendo á San Cesáreo, Obispo de Arlés, el año 535, le recuerda que los antiguos cánones no permiten enajenar los bienes de la Iglesia ni aun en favor de los pobres. «Tenemos, le dice, tanto deseo de socorrer á los pobres, que de buena gana te concederíamos lo que nos pides; pero nos lo prohíben los cánones de los Padres, que nos vedan enajenar los bienes de la Iglesia por cualquier título que sea.»

El concilio de Orleans del año 549 prohíbe á toda persona apoderarse de los bienes legados á las iglesias, monasterios ú hospitales, so pena de ser arrojado de la Iglesia, es decir, excomulgado, hasta que restituya la cosa robada.

El concilio de París del año 557 dispuso que sea alejado de la Iglesia y de la santa comunión el que tenga la temeridad de poseer y de retener injustamente los bienes legados á la Iglesia, hasta que los haya restituído.

El concilio de Toledo del año 589 declara que no es permitido á ningún Obispo enajenar los bienes de la Iglesia, porque esta enajenación está prohibida por los antiguos cánones. «Pero se puede, añade, tomar de estos bienes, salvos los derechos de la Iglesia, lo que es necesario para los clérigos, los pobres y los indigentes, concediéndoles socorros temporales.»

Otro concilio de Toledo del año 638, declara que las donaciones hechas á las iglesias por los príncipes ó por cualesquiera otras personas se mantengan firmes y estables, de modo que los bienes que se han dado á las iglesias no pueden quitárseles en ningún tiempo ni por razón alguna.

El concilio de Constantinopla del año 692, llamado Concilio *in Trullo*, que fué convocado por el emperador Justiniano, prohíbe por su canon XLIX convertir en usos profanos los monasterios consagrados por la autoridad del Obispo ó darlos á seglares.

El segundo concilio general de Nicea, del año 787, prohíbe, por su canon XII, bajo pena de nulidad, á los Obispos y á los Abades vender ó dar á los príncipes ó á otras personas los bienes de su iglesia ó de su monasterio. Y como durante las turbaciones que ocasionaron los iconoclastas se convirtieron en hospederías y en usos profanos las casas episcopales y los monasterios, el canon XIII ordenó que se restableciesen esas casas y esos monasterios á su primer estado, so pena de excomunión á los detentadores.

La misma doctrina que tan terminantemente proclamaron los Concilios citados sancionaron los capitulares de Carlomagno del año 603. Algunos señores seglares, reunidos en una junta general en Worms, le dirigieron una súplica para que eximiese á los Obispos de tomar parte en cosas de guerra, lo que por aquellos tiempos estaba en uso; y después de decir que no pretendían de modo alguno que por eso hubiesen de contribuir los Obispos á los gastos de la guerra, añadían: «Sabemos que los bienes de

la Iglesia están consagrados á Dios, que son ofrendas de los fieles y rescato de sus pecados. Por lo que, si alguno fuese bastante temerario para quitar á las iglesias las ofrendas que han recibido de los fieles y que han sido consagradas á Dios, no hay duda que cometería un sacrilegio, y es necesario estar ciego para no verlo. Cuando alguno de nosotros da sus bienes á la Iglesia, á Dios y á sus santos, los ofrece y los consagra, y no á ningún otro, como lo prueban las palabras y los actos del donante.»

Y más adelante dicen: «Para no dar lugar á los Obispos ni á los demás fieles á que sospechen que tenemos algún designio de invadir los bienes de la Iglesia, nosotros todos declaramos, delante de Dios y de sus ángeles, delante de vosotros los Obispos y en presencia de toda la Asamblea, que no queremos hacer nada semejante ni consentir que se haga. Declaramos que si alguno se apodera de los bienes eclesiásticos, si los pide al Rey ó los retiene, no comeremos con él, no iremos con él á la guerra, ni á la corte, ni á la iglesia, ni permitiremos que nuestras gentes tengan comunicación con sus servidores, ni aun que nuestros caballos y nuestros ganados pasten con los suyos... Y para que todos los bienes de la Iglesia se conserven intactos en lo venidero, así por parte de vosotros como de nosotros, de vuestros sucesores como de los nuestros, os rogamos que hagáis insertar esta petición en los archivos de la Iglesia y le déis lugar en vuestros capitulares.

El Emperador les respondió: *Sicut petistis, concedimus*; añadiendo que confirmaría esta concesión en la primera Asamblea general que se verificase. Y en uno de los capitulares de aquel año condenó de la manera más expresa á los usurpadores de los bienes de la Iglesia. «Sabemos, dice, que muchos reinos y reyes cayeron porque enajenaron ó arrebataron las cosas de la Iglesia y se las quitaron á los Obispos y sacerdotes, y lo que es más, á sus iglesias, dándoselas á sus enemigos; por lo cual, ni fueron fuertes en la guerra, ni estables en la fe, ni salieron vencedores, antes bien volvieron las espaldas, muchos heridos y otros muchos muertos, y perdieron sus reinos y regiones, y lo que es peor, el reino de los cielos, y carecían y carecen aun hoy hasta de sus propias herencias; para obviar todo lo cual no queremos ni hacer tales cosas ni consentirlas, ni dar ejemplos de ellas á nuestros hijos ó sucesores, sino que en cuanto podemos... prohibimos que hagan tales cosas ó se lo permitan á los que quieran hacerlas, antes bien sean siempre ayudadores, defensores y ensalzadores (*sublimatores*) de las iglesias.» Prohíbe luego que se pidan ni se enajenen las cosas de las iglesias sin consentimiento y voluntad de los Obispos, y prosigue: «Lo cual, si alguno lo hiciere, sea sometido á la pena del sacrilegio, así por nosotros como por nuestros sucesores y nuestros jefes, y castigado legalmente como sacrilego y homicida, ó como ladrón sacrilego. Porque que sea el mayor de los sacrilegios quitar las cosas de las iglesias, invadir las, enajenarlas y devastarlas, lo atestiguan muy señaladamente todas las escrituras divinas, y el beato Simaco, Papa, en una sentencia sinodal que dice: «Que es inicuo y á modo de sacrilegio que lo que por la salvación ó por el descanso de las almas haya dejado cada uno á la Iglesia por causa de los pobres, ó se lo haya dejado de un modo cierto, lo quiten ó apliquen á otros usos aquellos que principalmente habían de cuidar de conservarlos»; y lo mismo dicen otros muchos decretos de los sagrados cánones y sentencias de los Santos Padres, que fácilmente pueden ver todos los que lo deseen.<sup>1</sup>»

La misma idea encontramos expresada en otro de los capitulares de Carlomagno: «Por cuanto tenemos y reconocemos por cierto que Cristo y su Iglesia son una misma persona, todas las cosas que son de la Iglesia son de Cristo, y todas las que se ofrecen á la Iglesia, sean campos, viñas, etc., se ofrecen al mismo Cristo; y todas las que con cualquier pretexto se enajenan ó quitan á la Iglesia se quitan á Cristo. Si es verdad, pues, que quitar algo á un amigo es hurto, quitar ó enajenar lo de Cristo, Señor nuestro, que es Rey de los reyes y Señor de todos los potentados, lo es mucho mayor y es horrible sacrilegio.» Es de advertir que estas palabras están tomadas de San Jerónimo, y puede decirse que de todos los Santos Padres.

Hemos llegado en esta reseña histórica hasta los primeros años del siglo IX. Y siendo mucho lo que sobre el mismo punto nos falta aún por decir, continuaremos en el siguiente capítulo.

## II

Cuánto fuese el amor que la Iglesia supo en todos tiempos inspirar á los pueblos, no sólo lo prueban

<sup>1</sup> Capitulares de los Reyes francos, t. I, cap. I, add. c. 3, 9, 29.

<sup>1</sup> Costumbres de los cristianos, núm. 1. — Tomassino, *Ant. y nueva disciplina de la Iglesia*, parte III, lib. I.

<sup>2</sup> Habeat unusquisque licentiam sanctissimo, catholico, venerabilique concilio (Ecclesiae) decedens bonorum quod optaverit relinquere, et non sint cassa iudicia (ejus). — Cod. Just., lib. I, tit. II, núm. I.

<sup>3</sup> Epist. XXI.

<sup>4</sup> *Epistolae Romanorum Pontificum*, t. I, col. 1.050.



las liberalidades que recibió durante largos siglos de los Reyes, señores y personas particulares de que en el capítulo anterior hemos hablado, y que en los inmediatos iremos dando á conocer, sino pruébalo también la importantísima donación que en el siglo VIII hizo al Romano Pontífice el rey Pipino de Francia del exarcado de Rávena y otras ciudades ganadas á los lombardos, y el hecho, más significativo todavía, de que, andando el tiempo, ofrecieron muchos reyes y señores á la Santa Sede el dominio directo de sus reinos y provincias, declarándose meros poseedores y obligados á rendirle homenaje y pagarle tributo. En este caso se encontraban los Estados de Aragón, Portugal, Polonia, Inglaterra, Escocia y otros muchos. Y no sólo á la Santa Sede, sino á las iglesias particulares, se les daban ciudades y territorios en feudo.

¿Quién lo diría en nuestros tiempos? Los Reyes y los señores que cedían á la Iglesia el dominio eminente de sus Estados, creían asegurar más de este modo el suyo propio. El poder real, puesto bajo el amparo y la protección de la Iglesia, se consideraba más firme. La autoridad espiritual se reputaba más fuerte y más poderosa que la temporal. ¡Y á aquellos tiempos se les llama bárbaros. ¡Y en los nuestros, que se llaman civilizados, la influencia de esa institución celestial para nada se toma en cuenta en las combinaciones políticas, y la fuerza resuelve las cuestiones de derecho, y el número y la calidad de las armas decide sobre las cuestiones que se agitan en el mundo!

Al concluir el anterior capítulo dimos á conocer algunos actos del emperador Carlomagno y de Ludovico Pio, en que mostraron su decidido celo por la conservación de los bienes de la Iglesia. Con este mismo espíritu procedió Luis el Benigno. Reunido á su instancia en el palacio de Attigny, de la diócesis de Reims, un Concilio á que asistieron los Obispos, Abades y muchos señores del Imperio, San Adelardo, que era como el alma de la reunión, dijo en nombre del Emperador:

«Cuanto os parezca conducente á corregirlos desórdenes, á exaltar la religión, á fortalecer la fe y á hacer que florezca la piedad, proponedlo resueltamente, y estad seguros de que el Emperador lo pondrá por obra, porque sabe, como enseña la Sagrada Escritura, que los pecados son los que atraen sobre los pueblos el azote de la guerra, del hambre y otras desgracias.» Oyendo esto, tomó la palabra Agobardo, obispo de Lyon, y habló de la necesidad de amparar los bienes de la Iglesia contra las invasiones de los malvados, encareciendo la importancia de respetar lo mandado en los antiguos cánones sobre este punto, y añadiendo: «El pretexto de una necesidad que sobreviene, no puede excusar nunca la violación de las leyes establecidas por orden de Dios.» «Juiciosas reflexiones, dice á este propósito el cardenal Gousset, y tan aplicables á los que en aquellos tiempos invadían los bienes de la Iglesia, como al sistema impío de los revolucionarios de los siglos XVIII y XIX, que invocan las necesidades de las sociedades modernas en favor de las usurpaciones sacrílegas de los bienes eclesiásticos.»

La Iglesia continuó en este tiempo, como continúa en nuestros días, defendiendo el derecho á la pro-

piedad de sus bienes y condenando á sus usurpadores, tarea en que le ayudaba el poder civil. Vamos á continuar la exposición de documentos en apoyo de esta verdad, que comenzamos en el anterior capítulo, pues aun á riesgo de dar demasiada extensión á este punto, no podemos ni debemos omitir las citas de tan importantes documentos.

En el concilio de Aix-la-Chapelle del año 836 se recordó á Pipino, rey de Aquitania, la obligación en que estaba de restituir á la Iglesia los bienes que los señores de su reino le habían usurpado, y que el usurpador, su padre, le había mandado devolver el año 134. Tratóse á fondo la materia de bienes eclesiásticos, respondiendo á la objeción de las gentes del mundo de que no hay mal alguno en servirse de esos bienes, puesto que son inútiles á Dios, que lo ha creado todo para nuestro uso. El razonamiento produjo el mayor efecto, y el rey Pipino, cediendo

Etelwolf, rey de Wessex, en Inglaterra, reunió un concilio en Winchester, á que asistió gran número de Obispos y señores, y esta asamblea confirmó el acta de donación por la que el Rey disponía de la décima parte de las tierras del reino en favor de la Iglesia, para indemnizarla de las pérdidas que había experimentado durante la guerra y la devastación de los normandos.

El concilio de Toul (diócesis de Toul, en Francia, reunido el año 360), además de pronunciar excomunión contra los que se apoderan de los bienes de la Iglesia, trata de ladrones y sacrílegos á los que los usurpan ó los retienen injustamente.

El concilio general de Constantinopla del año 869, prohíbe á todo seglar privar á la Iglesia de sus bienes y privilegios, so pena de ser juzgado como sacrílego y anatematizado hasta que los restituya.

El concilio de Pavia de 876, prohíbe de la manera más expresa destruir ó tomar bienes que pertenezcan al patrimonio de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo; hace extensiva esta prohibición á todos los bienes muebles ó inmuebles, y prohíbe los contratos que cedan en perjuicio de la Iglesia romana.

El concilio de Viena de 892, excomulga por su canon I al que se apodera de los bienes de la Iglesia.

El concilio de Tribur, cerca de Maguncia, de 895, declaró por su canon VII culpable de sacrilegio al que se apodera de los bienes de la Iglesia.

El concilio de León, en España, del año 1012, ordenó por uno de sus cánones que la Iglesia disfrutase en paz de lo que se le hubiese dejado por testamento, y prohibió por otro que se apoderase nadie de sus bienes.

El concilio de Lyon del año 1055, declaró nula la concesión que los Príncipes seculares hiciesen de bienes de la Iglesia.

El concilio en Palencia, en España, de 1129, ordenó que se restituyese á las iglesias y monasterios cuanto se les hubiese quitado, y prohibió expresamente á los seglares que poseyesen iglesias ó retuviesen los ofrendas piadosas que se les hubiesen hecho.

El concilio IV de Letrán, año 1215, prohibió por el canon XLIV observar las constituciones que los poderes civiles ó seculares hubiesen hecho en perjuicio de los derechos de la Iglesia, ya enajenando feudos, ya usurpando la jurisdicción eclesiástica, ya respecto á cualesquiera otros bienes anejos á lo espiritual, á menos que estas constituciones se

hubiesen dictado con consentimiento de la autoridad ó del poder eclesiástico.

El concilio de Oxford, año 1222, excomulga á los que se atreven á enajenar los bienes de la Iglesia, recibirlos ó retenerlos.

El concilio de Colonia, año 1266, decretó que á los que arrebatan ó usurpan los bienes de las iglesias, de los monasterios ó de las personas eclesiásticas, debe advertírseles que los restituyan; y si después de esta advertencia no lo hicieron, incurren al momento en excomunión como culpables de sacrilegio.

El segundo concilio general de Lyon, que fué el más numeroso de los generales, lo convocó y presidió el Papa Gregorio X. Los decretos fueron treinta y uno. El XXII, *De rebus Ecclesiae non alienandis*,

## ESTILO POMPEYANO.



RESTOS DE LA CASA DE LIVIA EN ROMA.

á las exhortaciones de su padre y de los Obispos, mandó restituir los bienes usurpados.

Los concilios de Beauvais y de Meaux, ambos del año 845, instaron á Carlos el Calvo para que restituyese á las iglesias los bienes que se les habían quitado en su reinado; y el segundo de ellos excomulgó como ladrones y sacrílegos á los que se apoderen de los bienes eclesiásticos, los retengan ó los destruyan.

El concilio de Valence, del año 855, declaró que el que no conteniéndose por el temor de los juicios de Dios y de la eterna condenación, se atreve á apoderarse de las posesiones de una iglesia ó despojarla de lo que le pertenece de derecho, incurrirá, según las censuras eclesiásticas, en la sentencia de excomunión hasta que reconozca su falta y la repare.





LA COBRANZA DE CONTRIBUCIONES EN MARRUECOS.

(Dibujo de Balaca.)



prohíbe a los Prelados enajenar las iglesias que están bajo su dependencia, ó sus bienes inmuebles y derechos sin consentimiento del Cabildo y permiso especial de la Sede apostólica. «De otra manera, añade el Concilio, los contratos serán nulos, los Prelados suspensos y los seglares excomulgados.»

El concilio de Buda, año 1279, presidido por Felipe, obispo de Fermo y legado de la Santa Sede en Hungría, Polonia y otras provincias, en uno de sus reglamentos, bajo el título de *Adversus bonorum ecclesiasticorum invasores*, decretó excomunión contra los que, después de haberse hecho culpables de una usurpación sacrilega, retienen y conservan las iglesias, monasterios y posesiones ó bienes que les pertenecían.

El concilio de Melfi, año 1284, prohibió los cambios, ventas ó contratos que tuvieran por objeto las posesiones, casas y bienes inmuebles de las iglesias, excepto en los casos permitidos y expresados por el derecho, declarando esos contratos nulos y sin valor, pronunciando sentencia de excomunión contra los que hubiesen tomado parte en ellos, y declarando que no podrán ser absueltos sino cuando hayan rescindido el contrato é indemnizado á la Iglesia.

El concilio de Wirtzburgo, año 1287, prohibió, bajo pena de excomunión, á toda persona seglar ó eclesiástica invadir ó usurpar las iglesias, y los bienes, derechos y jurisdicciones que les pertenecen; fulminando anatema, no sólo contra los invasores, usurpadores ó devastadores, sino contra los que hubieran favorecido la usurpación.

(Concluirá.)

## LOS FENÓMENOS DE LA NATURALEZA Y LA AGRICULTURA

Hará veinticinco años que, estándose cortando árboles para madera en una propiedad mía, guardando las reglas generales para estos casos, de hacerlo en la menguante de Enero y en días secos, vi en cuatro que se cortaron una tarde que todos arrojaban gran cantidad de agua clara al llegar el corte al corazón, sin que tal cosa ocurriera en los que se cortaron el mismo día por la mañana. Dispuse que aquéllos se pusieran aparte, y cuando se secaron noté que estaban completamente apolillados y su madera acorchada. Hice por entonces una gran plantación de olmos, y aunque brotaron en la siguiente primavera, todos se secaron en el verano inmediato, también apolillados. Venía observando hacia bastante tiempo que ciertas heridas hechas por las podas, antes y después de cerradas, destilaban un humor negro precursor de la podredumbre de la madera, mientras que otras estaban completamente sanas, y no supe á qué atribuir todo esto, hasta que una casualidad puso en mis manos un folleto manuscrito de un fraile que, hallándose de misionero en el Perú, decía que habría perecido de sed un día del mes de Julio si un indio no le hubiese proporcionado agua en una gruesa caña que fué á buscar, advirtiéndole que era la hora de la marea y la tenían.

En su folleto añadía que, llamándole la atención el dicho del indio, empezó á hacer experimentos, no sólo en las cañas aquéllas, sino en diversas plantas, pudiendo asegurar que las que conservaba en su poder durante ocho años tenían todos sus principios constitutivos las cogidas en las horas del reflujo, y estaban disipadas y perdidas las que lo habían sido en las del flujo; así como las incisiones hechas en estas horas en los árboles destilaban en el acto sus bálsamos, gomas ó resinas, pero no en las del reflujo, notándose estos fenómenos desde dos horas antes hasta dos después de la culminante del flujo, ó de la mayor bajada del reflujo, y debían dejarse las dos intermedias entre uno y otro caso cada seis horas, por ser dudosos los efectos.

Sabido esto, no dudé ya de la causa que había motivado la pérdida de los árboles y la canceración de sus heridas por la poda, y desde entonces he cuidado de observar aquellas horas para el arranque de los plantones, para la poda y para el corte de maderas, habiendo obtenido en todo felices resultados. También en la fruta sucede el podrirse la cogida en las horas del flujo, y conservarse hasta secarse la que lo ha sido en las del reflujo.

Un amigo mío, algunos años después de saber este descubrimiento, me dijo que había tomado dos porciones iguales de semente de gusano de seda y las había puesto en una misma habitación en su casa de Murcia, alimentando una de ellas con la hoja de morera cogida á cualquier hora del día, y la otra con la que él mismo cuidaba de arrancar en solas las del reflujo, y observó que la primera se adelantó algunos días en sus dormidas; pero que enfermó de la epidemia general entonces en ellos, y casi ninguno llegó á formar capullo, mientras que la segun-

da porción marchó perfectamente, hasta subir casi toda á hilar su capullo en las ramas que se preparan al efecto.

Esta y las experiencias más hasta ahora en los árboles, únicas que he hecho, justifican, sin dejar la menor duda, que hay flujo y reflujo en los vegetales, del que no debe prescindirse en la agricultura por las grandes pérdidas que se experimentan de su inobservancia.

En confirmación puedo añadir todavía que oí en cierta ocasión á un hortelano del Real de Murcia que ellos se abstienen de cortar maderas y de coger frutas en las horas de las mareas, que, por lo próximas sus tierras al mar, ya se notaba en las plantas, porque se les podrían unas y otras al poco tiempo. También los que ingertan árboles tienen la experiencia de que sólo prende el ingerto mientras hallan cierta humedad en el patrón, y cesan de operar en el momento que en él notan sequedad. Esa humedad ya se ve que no es otra que el agua que tienen en las horas del flujo, y que desaparece en las del reflujo.

En la excelente obra titulada *El Mundo antes de la creación del hombre*, escrita en francés y en alemán por M. L. Figuier y W. F. A. Zimmernann, traducida al castellano por D. Enrique Leopoldo de Verneuil y publicada en Barcelona en 1870, en su cap. xx, además de dos láminas donde se ven representados los efectos de las mareas de nuestro globo, da sobre ellas la explicación, de la cual creo oportuno copiar aquí algunos párrafos:

«Las mareas, dice, son movimientos periódicos del mar, producidos por atracción de la luna y del sol, acción que se ejerce en toda la masa de la tierra y se manifiesta por el movimiento de intumescencia de las aguas, y añadiremos que la fuerza de la luna viene á ser tres veces mayor que la del sol, porque la primera está mucho más cerca de la tierra que el astro del día.

«La atracción que la luna ejerce en un punto cualquiera de la tierra, está en razón inversa del cuadrado de su distancia; si se tira desde aquella una línea recta que pase por el centro de la tierra, esta línea encontrará la superficie de las aguas en dos puntos diametralmente opuestos, y uno de éstos tendrá la luna al *zenit* y el otro al *nadir*. Los puntos del mar que tienen la luna al *zenit*, es decir, los que aquella ilumina perpendicularmente, estarán más próximos á dicho astro, y por lo tanto se hallarán más sometidos á la atracción que el centro del globo, mientras los puntos diametralmente opuestos, los que tienen la luna al *nadir*, se encontrarán más lejos y la atracción será menor sobre ellos. En su consecuencia, las aguas situadas directamente bajo la luna deberán elevarse hacia ella, dilatándose en la superficie de Océano, y las aguas de los antípodas, menos sujetas á la atracción lunar que el centro del globo, se quedarán atrás para formar un segundo promontorio en la superficie del mar. De aquí resulta una doble *marea alta* bajo la luna, y en el punto opuesto del globo, y allí donde las aguas no están sometidas á la atracción directa de aquella, habrá *marea baja*.»

«La tierra presenta á la luna en su movimiento de rotación, y en el espacio de veinticuatro horas, todos sus meridianos, que se van encontrando sucesivamente bajo dicho astro, ó bien á los 90° de él, resultando de aquí que en el espacio de un día lunar, es decir, en el tiempo que transcurre entre dos pasajes consecutivos de la luna por un mismo meridiano, las aguas del mar subirán dos veces y bajarán otras tantas en todos los puntos de la tierra.

«Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que el efecto de la atracción no se ejerce instantáneamente, pues la hora se aleja del meridiano antes que se complete la elevación de las aguas, y hé aquí por qué el flujo no llega á su *máximo* sino unas tres horas después de la culminación del astro de la noche. La cima de la montaña de agua levantada por la ola sigue á la luna alrededor del globo de Oriente á Occidente.

«La desigualdad que existe entre los días solares y lunares (estos últimos son 54' más largos) da lugar á que la influencia de los dos astros obren de consuno ó se contraríen alternativamente; cuando el sol y la luna están en *conjunción*, ó en oposición, es decir, situados en la misma línea recta, sus atracciones se combinan y producen una marea muy fuerte, y esto es lo que sucede cuando hay luna nueva ó luna llena. En la época de las *cuadraturas*, la acción solar tiende á producir una marea baja allí donde la luna puede elevar las aguas, y recíprocamente, siendo el resultado de esto una marea lunar muy debilitada.

«La marea se retarda todos los días unos 50' según los relojes de las ciudades, porque el día lunar es de 24 horas y 50' (tiempo medio)... Se ha observado también que las aguas no emplean el mismo tiempo en subir que en bajar.»

Se ve, pues, por estas explicaciones que la atracción de la luna y del sol producen las mareas, ó el flujo y reflujo en las aguas que existen en el globo, ya visibles, ya invisibles, empapadas en la tierra, no pudiendo menos de experimentar todos los efectos de aquella atracción y comunicarlos á cuanto existe en su superficie. Así como esas atracciones y sus efectos son mayores en las lunas nuevas ó llenas, é insignificante en los cuartos, debiéndose sacar de aquí la consecuencia que en aquellos casos son más seguras que en éstos y más eficaces las operaciones que hayan de ejecutarse en los flujos y reflujos.

Ahora sólo resta advertir que mientras en Madrid, como punto céntrico de España, no se publiquen tablas que marquen las horas del flujo y reflujo, ó de las mareas, bajo su meridiano, puede, el que no sepa hacer los cálculos para ello, valerse de las que se publican en casi todos los puertos del Océano, por ser necesario en ellos para los navegantes.

Mas al utilizarlas es preciso tener en cuenta el adelanto de 5' por cada grado de diferencia hacia el Oriente del puerto de donde sean esas tablas, al paraje en que se halle el que haya de usarlas, más lo que en las mismas se expresa que se retardan las mareas por la disposición de su bahía, que es lo que se entiende por *establecimiento del puerto*, porque con esto no hay que contar en el interior, donde creemos que el flujo y reflujo debe ser normal.

Pero si para las operaciones agrícolas es de tanta importancia que no puede desconocerse la necesidad de guardar esas horas, ¿se durará por ventura de la que tiene para las artes el que las maderas estén sanas con toda su resistencia, y el que en la medicina los productos vegetales posean ó no sus virtudes especiales? ¿Acaso no debiera también la cirugía observar esos períodos para no exponer el resultado de sus operaciones? Yo creo que la influencia de la luna y del sol sobre nuestro planeta es de una transcendencia suma, y que no son indiferentes las épocas para nuestras operaciones materiales, debiéndose estudiar, por lo tanto, con gran detenimiento cuanto haya de ejecutarse bajo aquella regla, porque será siempre imposible llegar á conocer á fondo todos los secretos de la naturaleza y sus aplicaciones.

J. M.

## EL PINTOR ZANOBI

CRÓNICA ITALIANA

(Continuación.)

II



HERMANO Agnolo — dijo el Prior con tono un tanto más severo — nuestro Señor Jesucristo hablaba poco y nunca reía. Rezad diez Ave-Marías para pedirle por la intercesión de María que os cure de cierto defecto.

— Lo haré, padre Prior.

— Reverendos padres — dijo Zanobi con voz entrecortada — os agradezco mucho la acogida que me habéis dispensado, y si el hermano Terencio tuviese la bondad de darme de beber, veríais cuánto es mi agradecimiento...

No se le dejó terminar la frase, porque el hermano Terencio trajo un plato con un vasito de plata, el cual llevó á los labios del enfermo.

— Este vasito es de un precioso metal — exclamó el hermano Agnolo con aire de importancia. — La abadía sólo cuenta con uno para los usos profanos, el cual se halla reservado á los príncipes que nos vienen á visitar y á los pobres que cuidamos según el precepto...

Una mirada del Prior advirtiéndole que empezaba á deslizar, y el fraile bajó los ojos ruborizándose.

Después refirió Zanobi su aventura. Contó de qué manera había venido del pueblecillo de Catana á las inmediaciones de Siracusa; cómo había atravesado la Sicilia en toda su extensión hasta llegar á Mesina; de qué manera había pasado el estrecho en un barquichuelo de un pescador; cómo se había embarcado en Catanzaro en una fálta veneciana que lo condujo á Brindis, desde donde se proponía dirigirse á Roma.

— ¿Y qué vas á hacer en Roma? — exclamó impetuosamente el hermano Agnolo, que ardía en impaciencia por hablar. — ¿Quieres contemplar el rostro de nuestro Santo Padre el papa Clemente XIII? ¿Dios le dé cien años de vida y á mí también! ¿Vas en peregrinación á Ara-Coeli? ¡A Roma! Dícese que por todos los caminos se va á Roma... ¿cuentas, sin embargo, con dinero para el viaje?

— Hermano Agnolo, estáis faltando al deber de la hospitalidad — dijo el Prior. — Id á la capilla y haced vuestro examen de conciencia.

El fraile inclinóse y salió.

— Yo contaba — dijo Zanobi — con una veintena



de ducados; pero los ladrones me los han arrebatado dejándome sin blanca.

—Y cuando estéis curado, ¿cómo vais a continuar vuestro viaje?—preguntó el Prior.

—Padre mío, trabajaré. Había reunido en diez años este pequeño capital; huérfano y sin familia, me considero libre. Me ajustaré como pintor de ornamentos en Bayas, y de esta manera, de jornada en jornada, marcharé hasta llegar al término de mi viaje, aunque tuviera que emplear cinco años en la empresa.

—¿Luego tenéis grandes deseos de ver la ciudad eterna?—preguntó con su acostumbrada jovialidad el hermano Terencio, que ofreció al herido una segunda dosis de su licor.

—Soy pintor—dijo Zanobi, cuyos ojos brillaron vivamente.

—¡Pintor!—exclamó el Prior.—¡Oh! ya voy comprendiendo vuestro deseo de llegar a Roma. Aquel es el paraíso de los artistas... Un paraíso poblado de obras maestras de diez generaciones de maestros... Allí volveréis a ver a Rafael, a Guido, al Perugino, a Miguel Ángel, a Francia, a las gloriosas pléyades que enlazan una no interrumpida cadena de tradiciones y de obras maravillosas!

—Eso precisamente es lo que voy a buscar en la ciudad de los Papas, reverendo padre, deseoso de aprender de estos maestros todos los secretos del arte.

—¡Ah!—murmuró el hermano Marín, el cirujano.—¿Trataréis acaso de consagrar vuestro pincel a glorificar el olimpo pagano? ¿Qué nos importa que se reproduzcan una vez más las fábulas de la mitología, y qué habréis ganado con crear un nuevo tipo de Minerva ó de Vulcano?

—De ninguna manera; no es esa mi ambición—exclamó fogosamente el joven pintor.—El arte es cristiano, padre mío; los libros santos, la vida y muerte de Jesús, la historia de nuestra Santa Madre la Iglesia, ¿no ofrecen al artista una variedad de asuntos mucho más grande que los mitos del paganismo? Si Dios me lo concede yo seré un artista cristiano, y séquese mi mano al contacto del pincel si se deshonra alguna vez reproduciendo la imagen de un dios inmundo ó los vergonzosos triunfos de los Hércules, de los Marte ó de los Júpiter.

El Prior exhaló un grito de alegría, inclinóse sobre el lecho en que Zanobi se agitaba, pálido y macilento, bajo el impulso de su juvenil entusiasmo, y abrazóle tiernamente.

—¡Loado sea Dios!—exclamó enajenado de gozo.—Hijo mío, te amo con toda la ternura de mi corazón, y tus nobles palabras son un bálsamo para mi alma... Ten confianza, animate y obedece a nuestro querido hermano Marín, que te habrá curado antes de terminar la semana. Cuando estés de pie hablaremos, y ya verás cómo la Providencia ayuda a los que ambicionan hacer bien.

El P. Hugo habló aún durante algún tiempo con el joven enfermo, que se admiraba de la manera cómo de una desgracia puede nacer la dicha que en vano se busca por todas partes, y que se sentía entusiasmado y sorprendido de encontrar tan cariñosas simpatías en aquel monasterio donde le había conducido, por un misterioso encadenamiento de sucesos, el Ser que todo lo gobierna en este mundo.

No obstante, este coloquio no podía prolongarse sin que de ello resultase a Zanobi un exceso de fatiga; sonó la campana para tocar a vísperas, y salió de la estancia el Prior seguido de los hermanos Terencio y Marín, dejando con el huésped al padre Lorenzo, que recibió la doble orden de leer en su breviario y guardar silencio.

El siguiente domingo, según las predicciones del digno Prior, estaba Zanobi perfectamente curado. No obstante, fueron tan vivas las instancias que se le hicieron para que prolongase su permanencia en el monasterio, que al cabo tuvo que consentir en ello so pena de afligir a los buenos frailes, a los cuales debía tanto agradecimiento.

El padre Hugo había hablado diariamente algunas horas con él, y el joven pintor experimentaba un encanto indefinible en su conversación. Era, en efecto, el Prior un verdadero artista, ya por el conocimiento que tenía de las grandes obras legadas por el arte de todas las épocas a la posteridad, ya por su esmerado gusto y por su ciencia católica. Gran señor antes de vestir el sayal de los hijos de San Francisco, don Hugo poseía la hermosa cualidad de apreciar y honrar al talento. Proponíase en su interior poner a Zanobi en disposición de continuar sus estudios y ejecutar los cuadros en que soñaba.

Después del desayuno matinal que todos los frailes tomaban en comunidad, concluidos los oficios, el P. Hugo y Zanobi paseábanse juntos por la hermosa azotea, cubierta de un elegante pórtico, que dominaba el pequeño puerto de San Vito, lleno de lanchas pescadoras de velas encarnadas, y a la que se

sube por una ancha y magnífica escalera de mármol.

Desde este punto abarcaba su vista por una parte las brillantes olas del Adriático tachonadas por el sol de estrellas de oro; por la otra las paredes de la abadía cuajadas de esculturas y de frescos, y ceñida por un bosque de mirtos y olivos que traían a la memoria los montes de Gnido y de Pafos.

Este maravilloso espectáculo arrancaba a Zanobi exclamaciones de asombro. Parecíale que renacía a la vida, y que al permitirle admirar los esplendores de la naturaleza criábale Dios, por decirlo así, una segunda vez.

Desde allí veía en el patio al hermano Agnolo peyorando acaloradamente en medio de un grupo de frailes; veía el hermano Terencio; el hermano Marín experimentaba un malicioso placer en interrumpir al fraile locuaz y extraviarle en el dedalo de sus incidentales frases, de sus exclamaciones y relatos; el hermano Lorenzo escuchaba sin decir palabra, sonriéndose siempre, y de vez en cuando calmaba con un gesto el despecho del narrador, el cual se detenía para dejar meter baza al padre cillerero.

Otros frailes más jóvenes se entretenían jugando a los bolos con la capucha quitada y el hábito arremangado, divirtiéndose muy jovialmente como hombres que han consagrado toda la semana al trabajo, y que santifican el domingo con el reposo y también con la oración, según el orden divino.

Algunos ancianos, cuya vida entera habíase deslizado en el recinto del claustro, departían pacíficamente, sentados sobre peñascos de mármol a la sombra de las higueras. Traían éstos a la memoria las incursiones de los corsarios berberiscos, que más de una vez habían hecho peligrar la paz del monasterio, y evocaban los recuerdos del pasado con el amargo placer que se experimenta en volver la vista atrás, y no eran éstos los menos alegres entre todos.

—¡Dichosa vida—dijo Zanobi, abarcando este cuadro de una ojeada—lejos del mundo, lejos de la guerra! ¡Cuánto admiro esta calma, esta franca alegría, este reposo por nada turbado...! ¡Oh qué encanto hace saborear, en efecto, el servicio del Señor!

—Amigo mío—respondió el P. Hugo—entre estos frailes que veís aquí reunidos para disfrutar del recreo dominical, los hay que fueron en el mundo condes unos y otros simples labriegos. Hélos ahí ahora todos iguales por el rango, y los más meritorios a los ojos de Dios, los que más respeto inspiran a mis hermanos, son quizá los que fueron más pobres y humildes antes de vestir nuestro hábito. Lo que da esta hermosa serenidad y esta dichosa indiferencia que envidiáis es la práctica de la divisa que cada uno de ellos aprende al entrar aquí.

—¿Y en qué consiste esa divisa?

El P. Hugo sonrióse, y profirió pausadamente estas tres palabras:

—Pan, paz, poco.

—Si no me inspirasen menosprecio las cosas de la antigüedad pagana—repuso alegremente Zanobi—os aseguraría que esta divisa es digna de los buenos tiempos de Esparta.

—¡Basta!—repuso el fraile.—Los espartanos tendrían hoy celos de los cristianos.

Después de un momento de silencio, el pintor continuó la conversación con voz tímida:

—Padre mío, mucho me holgaría—dijo—de demostraros de distinta manera que por palabras mi agradecimiento por todos vuestros beneficios.

—¡Oh! Eso es un arranque de orgullo, amigo mío. ¿Os avergonzáis de deber algo a los pobres hijos de San Francisco? Nosotros damos hospitalidad, pero no la vendemos.

—¡Oh, padre mío, os engaáis!—exclamó Zanobi, cubriéndose de rubor su frente.—Esta mañana vi en vuestra capilla un cuadro destrozado a sablazos, indudablemente por algún pirata que en el pasado siglo vino a robar y saquear la abadía. Si me atreviese...

—Comprendo—dijo el Prior con cierta reserva.

—¡Experimentaría tanto placer dejándoos un recuerdo!

—El conde de Conversano me ha prometido ya restaurar el altar que corona ese maltratado lienzo; el altar estaría mucho más bello si se colocase un cuadro de algún mérito en el retablo tan preciosamente esculpido.

—¡Pues bien, padre mío—exclamó el joven—dadme pincel y colores! ¿Teméis acaso que no pueda realizar vuestro sueño? Tengo el convencimiento de que la empresa no sería superior a mis fuerzas.

—Lo acepto, Zanobi—dijo el Prior—pero con una condición.

—Suscribo a ella desde luego.

—En pago de vuestro trabajo recibiréis una cantidad equivalente a la que os robaron los ladrones. No os negaréis a ello, porque os llamaría orgulloso.

Y pensó en su interior que nada le impediría el compartir la cantidad que le diesen con los mendigos que encontrase en el camino.

—¿Qué pensáis, pues, hacer?—repuso el padre Hugo, reclinándose sobre la balaustrada y recorriendo con la vista la brillantez del mar.—¿Acaso alguna leyenda sacada de la vida de los santos? ¿La imagen de algún bienaventurado...?

—Padre mío, quiero pintar una imagen de la Santísima Virgen María.

—¿Pensáis en ello? Tenemos sobre el altar que hace frente al que habéis señalado una Virgen de Rafael...

—¡Qué importa! Si salgo bien de mi empeño, me diréis: gracias... En el caso contrario, llevaréis mi lienzo al desván. Yo pintaré la *Mater admirabilis*... tomo por modelo el prototipo bizantino, austero y gracioso a la vez, pero donde resplandece una dignidad desconocida por Rafael. No llamaré en mi auxilio a la magia de los colores, al brillante contraste del paisaje, al esplendor de los adornos. Vestiré a mi Virgen con una túnica cenicienta sobre la cual deslizaré ligeros bordados de plata; sobre sus dorados cabellos, con reflejos leonados, colocaré un velo blanco transparente y proyectaré en torno suyo los pliegues de un manto real. Todo el brillo se encontrará en el rostro, de sobrehumana hermosura. La Virgen es la mujer fuerte del Evangelio, y no esa criatura de delicadas facciones y de expresión más tierna que majestuosa, reproducida diez veces por Rafael...

—¡Hacedla!—respondió lacónicamente el Prior.

El siguiente día instalábase Zanobi en una sala cuyos muros se hallaban cubiertos de sombríos tapices, iluminada en la parte del norte por una ventana cimbrada dispuesta por él mismo para que difundiese una luz siempre igual y pura. Colocóse allí un caballete, un lienzo y todos los utensilios necesarios al pintor más exigente.

Zanobi bosquejó el conjunto de su cuadro, indicó el movimiento del cuerpo, preparó los paños sobre un maniquí y dispuso su paleta. Después trasladóse a la capilla y oyó misa, orando largo tiempo. Dió, por último, su primera pincelada, cubriendo su lienzo con un ligero frote, en el que el primer bosquejo debía quedar más al descubierto, más vivo, si es lícito emplear este término.

(Continuará.)

C. B.

## EL ARTE DE GRABAR

SUS PROGRESOS Y SUS DIAS DE GLORIA Y DECADENCIA I

(Conclusión.)

Volvamos a Italia. Trabajaba Marco Antonio Raymondi en Venecia con aprovechamiento y constancia; pero estrecho su genio en aquellos muros, trasladase a Roma con objeto de grabar un cuadro de Rafael, y este pintor inmortal comprende, en medio de aquel desconcierto de líneas, el talento de su autor, le llama a su lado y le hace grabar su *Lucrecia* primero, y después el *Juicio de París*, estampas que aún sorprenden por su naturalidad, franqueza y carácter. Desde entonces Marco Antonio es el grabador favorito de Rafael, quien muchas veces dibuja por sí mismo las figuras sobre la plancha, lo que da a estas estampas un valor inmenso para los verdaderos conocedores.

Marco Antonio dejó a su muerte muchos discípulos, cuyas estampas son bastante estimadas, aunque no tengan el mérito de las de su maestro. Cuéntase entre estos a Agustín Veneciano ó de Mussis, que llegó casi a ponerse al nivel de Marco Antonio por la pureza del buril, aunque le sea inferior por la corrección del dibujo; Marco Raviñano y Julio Boloñés, con los no menos célebres Jorge Mantuano, Silvestre de Ravena y Anibal Carachi, pintor y grabador. La escuela de Marco Antonio no ha sido menos famosa para los grabadores que la de Rafael para los pintores; así era que de todas partes acudían a Roma jóvenes deseosos de aprender al lado del protegido del inmortal Sanzio. De este número fueron algunos artistas alemanes, tales como Jorge Penz, Jacobo Bink y otros de menos nombradía. Después de Marco Antonio se generalizó en Italia el arte, perfeccionándose cada día. Por esta época brillaron Juan Bautista Franco, Bautista Vicentino, Juan Bautista el Mantuano, pintor y grabador, que trabajó al lado de Miguel Ángel, y el célebre Parmesano, a quien se debió primero que a nadie la aplicación del agua fuerte y los primeros ensayos felices en los árboles y en cuanto pertenece al paisaje: Cornelio Cort, grabador holandés establecido en Roma, y Agustín Carachi su discípulo, quien bien pronto aventajó al maestro.

Interminable sería citar todos los grabadores italianos, y muy lejos de los estrechos límites a que la

I Véase el número anterior.



escasez de tiempo me obliga a ceñirme; pero no puedo dispensarme de hacer mención especial de la familia Sadeler, tan fecunda en distinguidos grabadores, de Enrique Goltzius, imitador de Miguel Ángel, de Francisco Bartolozzi y Juan Volpato, los dos más hábiles grabadores de estos dos últimos tiempos, Rafael Morghen, discípulo y yerno de Volpato, Domingo Cunego, Juan Octaviani y Francisco Pozzi.

Los franceses han sido los últimos que han ejercido el grabado. El primer pintor francés cuyos cuadros se han grabado, es Juan Cousin: Noël Garnier el primer grabador que ha manejado el buril en Francia. Después vinieron Juan Duvet, Gabriel Tavernier, Leonardo Gaultier, que grabó el Juicio final de Miguel Ángel, y Francisco Perrier, notable por el número de estatuas y bajos relieves antiguos que grabó, aunque con poca exactitud y peor gusto. El primer artista que manejó con destreza el buril y el agua fuerte en Francia fué Jacobo Callot, que pasa por ser el primero que empleó sobre el cobre el barniz duro, y que aun hoy se hace admirar por la singularidad de sus atrevidas composiciones, distinguiéndose particularmente en las figuras pequeñas.

Estacionado el arte del grabado en Francia hasta la época de Francisco I, adquirió desde entonces tal importancia, se reunieron en París tantos y tan eminentes artistas traídos de todos los países de Europa, y se protegió de tal manera el grabado generalizando la afición y el buen gusto, que desde entonces hasta hoy la capital de Francia ha sido el centro del arte, y la escuela que ha dado sobre todas honor al grabado. Tarea casi interminable sería citar los artistas y sus obras desde Roemer, Casini, Edelink, Bosse, Chauveau, Le Clerc, Lame, Audrán, Massón, Mellán, Drevet, Lorenzo Cars, Juan Daullé, Felipe Lebas, que después de Rembrandt, fué el primero que manejó con inteligencia la punta seca, Juan Jacobo Flipart, célebre por la suavidad y empaste de sus obras, Francisco Basán, Desnoyers, Massar, Tardieu, Wille y tantos otros hasta los que hoy viven, y que no me atrevo a citar temeroso de ofender su modestia.

Más tarde aún que en Francia apareció el grabado en Inglaterra, y preciso es venir hasta Holbein, en el reinado de Enrique VIII, para encontrar estampas de algún mérito. A Van Dyck deben los ingleses los pocos grabadores que hasta casi nuestros días han tenido. Sin embargo, el genio de invención y la constancia que para todo domina en los hijos de la Gran Bretaña, empieza a columbrarse en los costosos grabados a la *manière noire*, con que Smith y Blond enriquecieron el arte. Pero hasta Strange, el desgraciado Reyland, Copley, Boidel, Canot y Sherwin, no se presenta el arte con todo su esplendor. Todos los estilos que se conceden al buril se han puesto en práctica para representar, y en verdad con honra del arte, sus pinturas y sus hechos históricos, distinguiéndose especialmente en la severa exactitud de sus combates navales y en cuanto tiene relación con la marina. El grabado inglés se distingue hoy por el grado de perfección a que se ha llevado en aquella isla la *manière noire*, por lo atrevido de sus composiciones, y más que todo por la belleza de las tintas y la delicadeza de la estampación.

No fué nuestra España de las últimas naciones que ejercieron el arte del grabado. También hemos tenido grabadores en madera en la época primitiva; pero todos los esfuerzos hechos para fijar fechas e investigar nombres han sido inútiles. Los que trabajaron antes del año 1500 no acostumbraron a firmar sus obras. Los primeros monogramas, fechas y aun firmas completas, empiezan con el siglo xvi. En Salamanca, Alcalá, Sevilla, Valencia, Medina del Campo, Barcelona, Tarragona y otras ciudades, se ilustraron algunas obras, especialmente religiosas, como la vida de la Virgen, impresa e ilustrada en Medina del Campo en 1555; el Flos Sanctorum, en Barcelona, en 1565; la vida de Santa Catalina de Sena, grabada en Valencia por Juan Zoltra, en 1511, y otras innumerables estampas, como las que ilustran la tragi-comedia de Calisto y Melibea, edición de 1502, y la Crónica de Hernán Pérez del Pulgar *sur le règne des deux rois*.

Si en el grabado en madera España no fué la última, en el grabado en dulce puede disputar la prioridad a la mayor parte de las naciones de Europa. El distinguido académico Sr. Valentín Carderera, celoso por todo lo que sea progreso en las Bellas Artes, hizo un feliz descubrimiento, que demuestra que el grabado en dulce se remonta en nuestra historia del arte hasta la época misma de Maso Finiguerra. Oigamos al mismo Sr. Carderera:

«Las fechas de todas las más preciosas estampas expuestas en el gabinete Imperial de estampas de París (el más rico del mundo), van oscilando desde algunos años antes del fallecimiento de dicho Finiguerra (1469); y no cita su rico catálogo más que dos

autores conocidos después del citado, que son: *Peregrini*, que falleció en 1480, y *Bacio Baldini*, que trabajaba por esta época. Los otros tres que grababan del 1460 al 66 son anónimos, y casi todas estas estampas sólo son *nielos*, ó sean impresiones en papel hechas á mano sobre obras de orífices para adornar joyas y portapaces, y por consiguiente, de tamaños casi diez veces menor que la estampa española que vamos á ilustrar aunque breve y desaliñadamente.

«Esta tiene treinta y cuatro centímetros de alta, por veintisiete de ancha; divídese en dos partes iguales: la superior la ocupan los quince misterios del Rosario, en tres zonas ó fajas, cada una de éstas subdividida en cinco misterios. La parte inferior contiene, en el centro la Virgen, rodeada de una aureola ovalada y de un rosario, que parece descender en el aire hacia un joven que en la zona de la derecha está de rodillas en oración y se ve acometido de unos soldados, cuyas espadas se les caen de las manos; encima hay esta leyenda: *Miraculum militum*. En el lado opuesto está San Vicente Ferrer arrodillado, y detrás, en pie, el papa Inocencio VIII (el primero, creo, que concedió indulgencias á la devoción del Rosario), y además un rey y una reina. Encima, en otro espacio ó zona, está Santa Catalina y Santa Eulalia. Forman margen á este trozo de estampa dos nichos á cada lado, donde se ven Santo Domingo, Santo Tomás, San Pedro mártir y Santa Catalina de Sena. Como todos los primitivos grabados tiene poquísima sombra, y casi parece está de simple contorno. Como estampa hecha solamente con objeto de propagar una devoción, cuya lámina ha debido servir para tirar miles de ejemplares, se observan en ella líneas algo bruscas y duras, ya por la impericia de aquellos tiempos en manejar los buriles, ya principalmente porque, al parecer, fué retocada algunas veces; y sin embargo, la sencillez y candor de cada historieta ó composición, sus naturales actitudes, sus lindos partidos de pliegues, especialmente la del rectángulo inferior, le dan un atractivo singular para los verdaderos artistas, y á haberla visto en los primeros años que estaba en uso, el aspecto de ella sin duda fuera muy agradable y seductor. El nombre del que la grabó se ve afortunadamente en lo más bajo de la estampa entre dos especies de rosetas escrito así: **ff. Francifco Domene. (Ads) 1488.** A algunos bastante prácticos, los números que creemos sean 8 parecen 5, pues son dos S cuyos extremos quedan algo separados del tronco, muy parecidos á los 5 que hacían nuestros bisabuelos; pero aun siendo 8 se ve en primer lugar que íbamos casi á la par de los florentinos y los alemanes, y nos adelantamos á las demás naciones, así en esto como en otras cosas ya muy olvidadas y oscuras por nuestra misma incuria é ignorancia.»

Después de esta estampa, las primeras obras de grabado en dulce que poseemos corresponden á la segunda mitad del siglo xvi, y no consisten más que en pequeñas láminas de objetos religiosos, debidas en su mayor parte á la protección de las Ordenes monásticas, aunque muy lejos en verdad del buen gusto que Marco Antonio, Alberto Durero y Lucas de Leyden habían sabido imprimir á sus obras, generalizándolo en Italia y Alemania.

Los grabadores españoles de aquella época que ejercieron el arte con algún más gusto, en medio de su decadencia, fueron Román Pérez de Alesio, Arfe, Fernando Solís, Vicente Campi y Juan de Arfe, Villafañe. En Madrid sobresalió Juan de Diesa, que grabó la portada del libro titulado *Novus et methodicus tractatus de representatione*, la cual figura una gloria de ángeles adorando á la Santísima Trinidad. En Zaragoza, Juan Viglez y el maestro Diego; en Sevilla, Juan Felipe Jansén y el famoso Juan de Arfe, grabador y platero, á quien se deben las admiradas custodias que poseen las catedrales de Córdoba, Sevilla y otras varias. También es el arte deudor á Arfe de las láminas que ilustran el poema francés de Micier Olivier, titulado *Le chevalier hardi*, obra muy apreciada por su mérito y por su rareza.

En los siglos xvii y siguiente se extendió el grabado á toda España, sobresaliendo en el primero, ó mejor dicho, resumiendo toda la historia del arte el célebre José Ribera, natural de Játiva, pintor y grabador. La colección de láminas de este artista, grabadas al agua fuerte, con estilo fácil, delicado y correcto, asciende á veintiséis, distinguiéndose particularmente entre todas, por su mérito sobresaliente, la muy apreciable y rara que representa á Baco, á quien un sátiro corona de pámpanos y otro le llena la copa de vino, rodeando el grupo otras figuras de faunos y niños. Esta estampa está firmada de mano de Ribera, con la fecha de 1628. Cuéntanse también entre las mejores de su colección un San Genaro, un sátiro atado á un árbol, dos san Jerónimos penitentes, un San Pedro llorando, el martirio de San Bartolomé y el retrato de D. Juan de Austria. Otros célebres pintores, como Velázquez, Murillo, Zurbarán,

Valdés y alguno más, manejaron también el agua fuerte, imprimiendo en sus estampas las condiciones de su genio y su estilo; pero por más que estos grabados honren á sus autores, no bastan á acreditar al arte español ante las demás naciones.

Así como Ribera puede decirse que resume en sus obras todo lo verdaderamente notable que se grabó en España en el siglo xvii, del mismo modo puede asegurarse que corresponde á Juan Bernabé Palomino más de la primera mitad del siglo xviii. Nació este artista en Córdoba en 1692, y fué traído muy joven aún á la Corte. Sus felices disposiciones naturales, su constancia en cultivarlas, y siempre con gran adelantamiento á pesar de la falta de emulación y buenos modelos, le hicieron por muchos años el único digno representante y sostén del arte del grabado español. Este artista, pintor y grabador empezó á dar á conocer en España el buen gusto en el grabado de láminas; y cuando se estableció esta Real Academia de San Fernando, teniendo en cuenta su mérito fué nombrado uno de sus directores, concurriendo como tal á su apertura en 1752. Muchas y muy buenas estampas dió á luz su incansable buril, teniéndose hoy como las mejores los retratos de la reina doña Isabel de Farnesio, del venerable Dionisio Cartujano y el de D. Juan Palafox, adornado de cinco figuras alegóricas.

También tenemos la honra de contar entre los grabadores del último siglo al más augusto de cuantos han manejado el buril. En el tomo iii de las noticias históricas de los grabadores, escritas en italiano é impresas en Siena en 1772, dice D. Juan Gori Gandellini lo siguiente: «Carlos III, monarca gloriosísimo de España, etc., etc., en donde reina con clemencia y humanidad igual á su grandeza, se ha ocupado por recreación en grabar en cobre algunas cosas, y entre ellas una estampa que representa á la Virgen Santísima con su divino Hijo en los brazos, trabajada con gran gusto.»

Con la elevación de este Monarca al trono de España, las Bellas Artes empezaron á ser atendidas: la Academia de San Fernando recibió de su munificencia nuevos y muy señalados favores, siendo el grabado objeto de su especial protección, complaciéndose el rey Carlos III en dispensarla á un arte que tanto brillaba en otros países y tan buenos resultados daba en el comercio. Convencido de esta necesidad fundó la calcografía. A la sombra de la protección que este establecimiento dispensaba á los artistas publicando sus obras, se formaron los Selmas, Enguñanos, Ametlleres, Carmonas, Esteves y tantos otros como cultivaron con gloria el arte del grabado en el último tercio del siglo anterior y primero del presente. La Virgen del Pez, la Perla y el Pasma de Sicilia, de Rafael, entre otros muchos cuadros muy conocidos, deben al buril delicado, correcto, puro y franco de D. Fernando Selma copias exactas y ricas en dibujo y claro-oscuro. Don Tomás Enguñanos grabó, entre otras muchas estampas, la Caridad romana, logrando conservar toda la gracia, suavidad y ternura que caracterizan este cuadro de nuestro inmortal Murillo.

El San Gregorio Magno, de Ribera; la caza del avestruz, de Boucher; el aguador de Sevilla, de Velázquez, y la Santa Rosa de Lima, de Murillo, han encontrado en el buril de D. Blas Ametller un fiel intérprete, que ha sabido trasladar al cobre el genio y estilo de cada uno de estos pintores, tan diferentes y aun opuestos entre sí. La inteligencia, buen gusto y toque fácil y pintoresco de los grabados del Baco de Velázquez y del sacamuelas de Roclaus, colocarán siempre á D. Manuel Salvador Carmona en un puesto muy distinguido entre los grabadores que nos son casi contemporáneos. Las aguas fuertes de nuestro inmortal Don Francisco Goya, representando los caballos de los cuadros de Velázquez y el muy célebre llamado de las Meninas, y más que todo la valentía y exquisito gusto de sus caprichosas caricaturas, colocan á este eminente artista á la altura de Rembrandt, con el cual tiene más de un punto de contacto, ya por la excentricidad de su carácter, como por la originalidad de sus composiciones, y su falta de respeto á las tradiciones y á las reglas del antiguo.

Séame permitido tributar ahora un homenaje de afecto, respeto y justicia al último de los grabadores de merecida nombradía que cuenta nuestra época: al modesto cuanto hábil artista D. Rafael Esteve, mi cariñoso amigo y venerable maestro, á quien más que á nadie debo mi posición en el arte, por más insignificante que sea. Sus sabios consejos han guiado mis primeros pasos, y su ejemplo me ha dado aliento en el estudio y constancia en el trabajo. Esteve puede decirse que cierra la época de progreso del grabado español; con las aguas de Moisés, estampa que tantos elogios justísimos ha recibido de los verdaderos inteligentes, así nacionales como extranjeros, concluyen hasta hoy las obras grabadas en



España de indisputable mérito, lo mismo por el que le es intrínseco, que por la magnitud de la obra. El Jacob bendiciendo á sus hijos, de Barbieri, y el retrato de Colón, entre otros muchos grabados de Esteve, que no debo citar para no abusar demasiado de vuestra atención, son trabajos dignos del buril delicado de Volpato y harán siempre honor al arte español por la corrección del dibujo, y la delicadeza y entonación del grabado.

Cuando cesó la protección concedida al establecimiento calcográfico, naturalmente cesó también la que éste dispensaba á los artistas publicando sus obras; y de tal manera se ha hecho sentir entre nosotros la decadencia del grabado desde entonces, que han venido días de tal calamidad para el arte, que aun para obras de bien escasa dificultad hemos tenido que hacernos tributarios de grabadores franceses.

Mostrada la necesidad de protección, si no hemos de continuar en el lamentable atraso en que desde la muerte de Esteve ha quedado el arte de grabar, me atreveré á proponer algún medio que pueda hacernos seguir ese constante progreso, que todos los pueblos civilizados imprimen hoy á las Bellas Artes; á las Bellas Artes, que no son objeto exclusivo de lujo, como algunos suponen, sino que al mismo tiempo que elevan el ánimo y desarrollan la civilización, son la base y el fundamento del adelanto de las artes mecánicas, del buen gusto en las manufacturas, y de la novedad constante en los artefactos de todo género, de que tan rica se muestra la Francia y tan en prosperidad su comercio. No es suficiente pensionar grabadores para que aprendan ó se perfeccionen en el extranjero; no es bastante que estos pensionados lleven el arte á la altura que se encuentre en la residencia de su pensión: se necesita más. ¿Qué importa que los jóvenes pensionados, á fuerza de aplicación, constancia é inteligencia, alcancen á imitar á los buenos artistas del extranjero, si al volver á la patria tienen que tirar los buriles ó dedicarlos á obras del capricho de los particulares, las más veces insignificantes, ya que no contrarias á las reglas del arte y del buen gusto? ¿Qué emulación han de tener estos artistas, cuando sus trabajos, si algunos tienen, han de reducirse á las rayas de un mapa ó á las líneas regulares y acompañadas de la arquitectura? La idea y el gusto de lo bello adquiridos en el extranjero se pierde necesariamente, y el que hubiera sido un buen artista concluye por oscurecerse y perderse para el arte. Entre los distintos medios que pueden adoptarse para evitar estos males y ponernos al nivel de las demás naciones, me atreveré á proponer uno de facilísima ejecución que, contribuyendo á la gloria del arte nacional, conserve y estimule al grabador que se hubiere distinguido, y sirva de escuela para crear un plantel, en el cual paso á paso, y de lo fácil á lo difícil, pudieran en poco tiempo crearse verdaderos artistas que hicieran honor á su patria; y esto sin gravamen alguno para el Erario, antes bien con seguros productos á favor de los fondos de la Nación.

Para realizar esta idea no se necesita más que la publicación de una obra, que siendo de ilustración para el país, excite también la atención y el interés fuera de España. Nuestra interesante estatuaría, tan poco conocida de nacionales y extranjeros, y que tantas bellezas artísticas encierra, como recuerdos históricos evoca, se presta de una manera admirable para este objeto. ¿Quién miraría con indiferencia las estampas que representasen con exactitud los sepulcros del cardenal Cisneros, de los Reyes Católicos, de Doña Juana la Loca, de Felipe el Hermoso, del príncipe D. Alfonso y de D. Alvaro de Luna? El grabado de estos y otros monumentos, no sólo daría ocupación á los grabadores adelantados, sino que la daría también, á la vez que enseñanza y estudio, á los principiantes, y de este modo no podría decirse dentro y fuera del reino que si en España no hay grabadores, es porque falta protección bien dirigida.

DOMINGO MARTÍNEZ.

## FACHADAS MODERNAS

ENTRE los varios problemas cuya solución persigue con ahínco la arquitectura contemporánea, es sin duda alguna de las más importantes el de la decoración de las fachadas de casas particulares.

Las disposiciones especiales que la actual manera de vivir impone, rompen con todas las tradiciones artísticas y ofrecen dificultades siempre que, tratando de huir de la rutina, se pretende con noble afán introducir novedades, y sobre todo dotar á los edi-

cios de fachadas en las cuales se revele el gusto artístico de sus directores.

No han sido por cierto hasta el presente muy satisfactorios los resultados conseguidos; pues aparte de las naturales dificultades que se originan de la superposición de pisos, del gran número de vanos que se exigen, del encajonamiento obligado entre otras construcciones y de muchas más causas que fuera largo enumerar, tropiézase á menudo con la limitación de medios que la índole peculiar de los edificios particulares lleva consigo, pues el propietario que labra una casa cuida, cuando mucho, de que sea cómoda y susceptible de producir buena renta, y se preocupa poco ó nada de que por sus condiciones artísticas figure ó no en primer lugar, ya que por esta última circunstancia ni aumenta un céntimo de su producto, ni mucho menos se exime de pagar los impuestos al mismo nivel que las de aspecto más depravado; así, pues, como la parte del capital empleado en gusto artístico es para el *prudente* rentista un verdadero despilfarro, suele resistirse con inquebrantable constancia á las seducciones de la vanidad ó del capricho, y se contenta con seguir la trillada senda por donde han ido todos sus predecesores en el negocio de empaquetar gente al más alto precio posible. Hasta la misma práctica, casi constante en Madrid, de dejar las fachadas para lo último, suele ser causa de disgustos para los arquitectos, pues cansados los dueños de obras y de gastos, recortan que es una maravilla el presupuesto de las fachadas y viene su decoración, por causa de economía, á caer en las imperitas manos de los que trabajan barato.

Como consecuencia de esta práctica, modelistas y vaciadores se desbordan con sus plastones de yeso, confundiendo en una misma composición, y siempre fuera de su sitio, la palmeta griega y el acanto romano, y el alicatado árabe y el florón románico con todo el más flamante repertorio de dinteles y guardapolvos, de corte francés y extravagante retorcido de líneas, bajo descomunales cornisones ó al lado de monstruosas pilastras. Mas tarde llega el cerrajero, que en antepechos y miradores y rejas da también rienda suelta á todo su muestrario de líneas y enlaces imposibles singularmente en sus famosas *grecas*, cuya sola vista haría cegar á cualquier ateniense que las contemplara y que son el obligado adorno en que despliega toda su habilidad y destreza; después se enseñorean el revocador y el pintor de brocha gorda de toda aquella máquina, y con sus despiezos de capricho y sus molduras y fingidos, á menudo en perspectivas chinas, acaban el cuadro á que finalmente suelen poner digno remate las caprichosas portadas con que los tenderos del piso bajo engalanan á sus anchas los bordes de sus lucrativos establecimientos. En cuanto al arquitecto, le suele quedar el recurso consolador de suprimir en su partida de honorarios todo lo referente á los detalles que hizo y fueron desechados, porque, como cosa nueva, sin precio corriente salían demasiado caros. En esta senda es, por tanto, imposible hacer competencia al *gusto* dominante, y así sucede que cuantos esfuerzos se han empleado para desarraigar tan viciosa práctica no han pasado más allá del papel en que se trazaron, y solamente como por excepción se encuentra algún tímido ensayo que revele buen gusto, y sobre todo independencia artística y tendencia á sacar partido de las mismas desventajosas condiciones en que se presenta la composición de estas fachadas.

Al presente no pude menos de lamentarse el monótono y desgraciado aspecto que presentan las numerosas edificaciones de nuestros modernos y extensos barrios, y es bien visible que el trazado de sus fachadas es lo más elemental y rutinario que ha podido hacerse, sin que ni por acaso revelen el propósito más remoto de iniciar una marcha nueva, fecunda en resultados.

Para que así suceda, y es ya imperioso procurarlo, hay que cuidar con mucho esmero de estudiar cuáles son los recursos que la observación y la práctica aconsejan para lograr una composición agradable sin salirse de los estrechos límites que el interés pone en esta parte al vuelo de la imaginación, y también tener muy en cuenta que el buen efecto no resulta ni puede resultar de los pequeños detalles, sino del arreglo general de las partes, de su razonada disposición y del franco empleo de los medios constructivos.

Quizá por olvidar esto último resultan desgraciadas y pasan despercebidas no pocas fachadas de casas en que con habilidad suma y consumada destreza se han empleado verdaderos primores de dibujo y de composición en finos detalles que no se revelan á la generalidad de las gentes y en nada cambian el desgraciado aspecto del conjunto.

No se oculta al que esto escribe que es más fácil dictar reglas que ponerlas en práctica, ni estas líneas tienen por cierto otra pretensión que la de apuntar unas cuantas observaciones que den margen á perso-

nas más autorizadas para ocuparse de este asunto, muy importante en mi juicio para el esplendor de la arquitectura moderna; pero ya que, aun incompletamente, he entrado á tratar de esto, paréceme indispensable dejar consignada como observación fundamental la que arriba insinué acerca de la disposición feliz de las líneas de un conjunto.

Es preciso no olvidar que bajo ningún concepto puede resultar una composición arquitectónica satisfactoria si sus líneas generales no están de propósito dispuestas con arreglo á un plan razonado y de acertada combinación; y ya que en la generalidad de los casos, y por acomodarse mal con las necesidades presentes, no se puede, como en lo antiguo sucedía, disponer grandes masas en acertada ponderación con los huecos, libre y variadamente dispuestos; ya que á la profusión de ricos materiales de que entonces se hacía uso han sustituido otros más pobres y perecederos; ya que, en fin, el espíritu especulativo, mezclándose en todo, limita y acorta los recursos é impide que las artes auxiliares añaden encantos á la composición, es menester que el supremo recurso de las buenas proporciones y de una construcción inteligente, dando por sí solas y de consuno líneas acertadas, hagan ver que el arquitecto con sus propios recursos, y en el único terreno en que su autoridad es indiscutible, sabe y puede dejar la huella de su inteligencia y la demostración de que no está al alcance de todos el componer una fachada, que no por ser sencilla deja de reclamar el concurso de un facultativo inteligente.

Á la buena disposición de las líneas, que, como ya se indica, concurre y no poco el acertado empleo de una construcción francamente puesta de manifiesto, sigue á no dudar la elección de los materiales con que esta construcción ha de realizarse y su uso allí donde los agentes atmosféricos y las demás causas de deterioro no vengán directamente á destruir sus condiciones de solidez; y también en este punto se ha hecho bien poco, prefiriendo el partido de adoptar medios preservativos, á menudo insuficientes, á desechar con denuedo todo material que la experiencia y el más somero examen de sus condiciones acusan de impropio para empleado en exteriores, y es preciso reconocer que toda concesión en este punto se convierte en un obstáculo tradicional que impide todo adelanto provechoso.

Las condiciones especiales de cada localidad aconsejarán acerca de esto lo más conveniente; pero casi podría darse por seguro que en edificios particulares, y á poca elevación que las fachadas tengan, el uso del ladrillo es casi general é indispensable, y después de haberlo condenado por mucho tiempo á quedar oculto bajo revocos y enlucidos, parece como que empieza á manifestarse la tendencia de sacar partido de sus condiciones, y ésta es buena senda; mas conviene no olvidar que el deseo de mejorar su aspecto y color se suele llevar más lejos de lo conveniente y hasta un punto en que el resultado no vale lo que cuesta, cayendo por su base tan útil reforma, que por esta causa dejaría de responder á una de las más importantes condiciones del problema; así que, si ha de resolverse éste con el empleo de material tan en uso, se ha de procurar por otros medios que los generalmente empleados, y á fe que no faltan ejemplares en que estudiar este punto dentro de nuestra nación, que de muy antiguo, y en todo género de construcciones, se viene empleando por manos hartas inteligentes, y guiadas por excelente y admirable gusto.

Por último, y para terminar estos renglones, hechos por vía de introducción para algo más concreto acerca del mismo tema, puede señalarse como fundamental para una reforma en el modo de componer las fachadas de casas, el buscar con preferencia el auxilio del colorido y la pintura, cambiando la dirección hasta ahora en uso de esculpir los ornatos ó aplicar los que en abundante colección de vaciados suministra el comercio. Tiende esto á dos fines principales: es el uno que con medios más sencillos se producen mayores efectos, y viene el otro á destruir de un solo golpe dos tendencias funestas: la de competir los vaciados hechos con los de proyecto, y la de emplear materiales fuera del sitio y lugar que les son propios, y estos fines de tanto interés no son para descuidados cuando se trata de entrar en una senda que dé resultados fecundos.

JUAN BAUTISTA LÁZARO,  
Arquitecto.

## LA OXIDACIÓN DEL HIERRO

Ante las aplicaciones cada vez más numerosas de este metal y de su derivado el acero, empleados en nuestro siglo para los usos más diversos, desde el gigantesco buque acorazado hasta las varillas ó las agujas, desde el puente que cruza un brazo de



mar hasta los juguetes de los niños, se comprende la gravedad que entraña su facilidad de oxidarse cuando está expuesto á la humedad y demás influencias atmosféricas, puesto que las piezas más gruesas y más esenciales de una construcción considerable llegan á ser destruidas por tales agentes, poniendo esto en peligro la vida y los intereses de muchos.

Así es que há tiempo se viene buscando un preservativo que le conserve y prolongue su duración. Se ha ensayado el de la pintura con minio, el de la galvanización, medios caros, no sólo por el precio de las sustancias que emplean, sino por su forma de aplicación. El problema no estaba resuelto industrialmente, es decir, de un modo que reuniera la eficacia á la baratura. Pero en el día la ciencia no desmaya; tiene confianza en el método de que dispone, y por él sabe que no hay problema que al cabo no se resuelva.

Se han observado dos estados de oxidación: el uno, el que todos conocemos; el otro, llamado la oxidación magnética, el que la superficie del hierro, lejos de hallarse en estado de destrucción gradual, se halla, por el contrario, en el de conservación permanente.

Se conocen dos maneras de producirlo: por el agua y por el aire.

La primera, debida al profesor de Barff, consiste en exponer el metal á la acción del vapor de agua recalentado. Desde el año 1877 ha recibido un gran número de aplicaciones prácticas, coronadas por un éxito invariable.

La segunda, más moderna, ha sido inventada por Mr. George Bower, ingeniero. Empezó por calentar en una cámara cerrada los objetos que se proponía oxidar, y cuando llegaban al rojo introducía aire atmosférico, que, combinando su oxígeno con la superficie del metal, le revestía de una capa de esmalte. Pero este procedimiento no era económico. El calentar la cámara por fuera exigía mucho gasto de combustible. La dificultad se obvió introduciendo la calefacción interior y quemando gas dentro de la cámara.

Hoy este esmalte, que pone al hierro al abrigo de toda oxidación ulterior, cuesta menos que la pintura. Por supuesto, si no gusta el color que resulta (es un gris neutro), se puede pintar por encima del color que se quiera, con la ventaja de que la pintura no se descascarilla, despedida por la oxidación.

En Francia se ha fundado una Sociedad para explotar la patente de invención de un procedimiento que tiene gran analogía con el acabado de describir, y tenemos entendido que se propone introducirlo en España.

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

*Cilindros inflamables para cauterizar mordeduras de perros rabiosos y serpientes venenosas.*

|                      |    |
|----------------------|----|
| Carbón en polvo..... | 30 |
| Nitro.....           | 4  |
| Hierro en polvo..... | 5  |
| Benjuí.....          | 1  |

Se mezclan bien estas sustancias en polvo, añadiendo muclago de goma tragacanto, y se forman cilindros que se hacen secar y se les conserva al abrigo de la humedad.

*Vinos artificiales.*—En España no es preciso recurrir á la química ni á ningún medio artificial para lograr en casi todo el territorio los mejores vinos del mundo; basta *nada más que la limpieza* para que con la hermosa uva de nuestro clima, cuando está sana, bien cuidada y madura, se consiga en cualquier parte un excelente caldo.

Pero como puede ocurrir el deseo ó necesidad de hacer algunas clases de vinos, vamos á exponer los medios de conseguirlos á poca costa y sin emplear procedimientos que comprometan, ni mucho menos, la salud del consumidor.

Para el vino moscatel se toman 10 litros de vino blanco, dos kilogramos y medio de uvas pasas moscateles y 100 gramos de flor de saúco en un saquito, poniendo todo junto en infusión, y sin más que esto al cabo de tres meses resulta un buen vino moscatel, si bien es preciso entonces filtrarlo naturalmente antes de embotellarle bajo un buen casco, con su excelente etiqueta, para expedirle al comercio.

El vino de Málaga se hace de un modo análogo: se toman veinte botellas de vino dulce blanco, y se ponen en esta cantidad de caldo dos kilogramos y medio de pasas de Málaga de buena calidad, dejándolas así macerar por espacio de dos ó tres meses, si bien añadiendo también 100 gramos de flor de albrerchigos en la misma forma que en el caso an-

terior. Por fin, al cabo de dicho tiempo se filtra y se embotella el vino, quedando con el sabor característico del de Málaga.

Si se quiere hacer vino de Madera, se añade, por hectólito de mosto blanco, dos ó tres kilogramos de miel, y aun se pone asimismo almendra tostada en polvo, un kilogramo por hectólito, y después de cinco ó seis meses se filtra el caldo y queda hecha la imitación al vino de Madera.

El vino de Burdeos se imita tomando un buen vino tinto y añadiendo poco á poco jugo de fram-buesa hasta que el caldo adquiere el agrio especial que le caracteriza. Es claro que el vino tinto que se elija ha de ser bien limpio y claro, de un color lo más parecido al del legítimo, y todavía se filtra bien antes de embotellarle.



ESTATUA DEL EVANGELISTA SAN JUAN  
en el Escorial.

Con estos procedimientos se comprende que los resultados no pueden ser más inofensivos para la salud, y al mismo tiempo más á propósito para conseguir el gusto propio de los vinos de que se trata, dado que el aroma y el sabor se logra, sobre todo en los dos primeros, con las sustancias mismas con que se obtienen los legítimos.

### *Píldoras contra el estreñimiento rebelde.*

Extracto de colutea arborescens. | partes iguales, un de-  
Extracto de rapóntico..... | cigramo.

Para una píldora.

Se toman una ó dos en una cucharada de sopa al empezar á comer.

*Circunstancias que deben concurrir en una buena bodega.*—El objeto de estos locales es el de proporcionar á los vinos un lugar seco, donde la temperatura permanezca constantemente entre los 8 y 12° centígrados, cuyos límites son los apropiados para la buena salud del vino.

En nuestros climas, donde tanto se extreman las estaciones, conviene muy mucho buscar un medio sencillo y natural de conseguir esto, y al efecto nada más lógico que ahondar la tierra y buscar en su seno aquella temperatura donde, algo separados de la superficie terrestre, no alcance la influencia de las inclinaciones distintas del sol, que son causa de las estaciones. A los 5 ó 6 metros de profundidad se consigue esto; pero deben ser más profundas las bodegas, pues las corrientes del aire que en ellas han de establecerse, por bien dispuestas que estén, pueden alterar los límites marcados para la temperatura y malograr así el objeto que se propone el cosechero.

También debe evitarse en las bodegas los cambios bruscos de temperatura, como muy perjudiciales al vino.

Dos lumbreras deberán establecerse, cuando menos, en tales sitios á fin de que el aire circule libremente, aunque sea con lentitud. Esta circulación es tanto más precisa cuanto más húmeda sea la bodega.

La exposición al norte es la más favorable á este género de instalaciones.

De todos modos, conviene cuidar mucho las lumbreras según las épocas; así, cuando sobrevienen las fuertes heladas, se cubren aquellas para que no penetren en la bodega tales rigores, y lo mismo decimos cuando, por el contrario, el exceso del calor en el estío pudiera elevar á más de los 12° la temperatura, en cuyo caso el peligro sería mayor, y por lo tanto exige más cuidado una bodega en esta época del año que en el invierno. Así, pues, cubriendo con esteras ó con tablas y tierra, se procura evitar que por las ventanas penetre un rayo de sol que eche á perder el vino.

Es preciso impedir también la proximidad de pozos ó letrinas que lleven humedad ó malos olores al local. Además, estos sitios no deben tener madera almacenada, ni tampoco formando parte de la construcción, que siempre debe estar hecha bajo la tierra, revistiendo las paredes y la bóveda, cuando es preciso, con ladrillos ó mampostería, sirviéndose del buen mortero hidráulico que prevalezca contra las humedades. El fondo de una cueva debe estar liso y bien unido, para lo cual se embalsama con el mayor esmero, estableciendo depósitos de vez en cuando á flor de tierra y con sus canalizos correspondientes, para que, en el caso desgarrado de romperse un envase, se pueda recoger el caldo sin perderse nada.

Toda materia como el vinagre, los trapos, las maderas, etc., no deben existir en estos parajes, pues como cuerpos susceptibles de fermentación, pueden comprometer la inalterabilidad de los vinos, que es el objeto único que se persigue al establecer una bodega.

*La cura de azúcar.*—En la clínica quirúrgica de la Facultad de Medicina de Strasburgo hace uso el Sr. Lücke de una cura notable por su sencillez, y á la cual atribuye la prontitud con que cicatrizan las grandes heridas que todos los días se ve obligado á hacer. Fúndase esta cura en las propiedades antisépticas y fermenticias del azúcar. «De igual manera—según las propias palabras de dicho señor—que para conservar las frutas, sustancias fermentecibles en el más alto grado, la ponemos en azúcar y hacemos confituras, empleo yo el azúcar en polvo para alejar y matar los microbios de la herida.»

El azúcar tiene también—según el Sr. Lücke—la propiedad de absorber, no sólo los líquidos, sino los gases de la herida en igual grado que los polvos de carbon, suprimir la supuración y quitar todo olor á la cura, apresurando muchísimo la cicatrización de la herida, de lo cual ha podido observar dicho señor ejemplos bien concluyentes.

Hé aquí ahora la parte técnica de la cura:

Una vez bien lavada la herida y bien seca, se aplica directamente sobre las superficies cruentas la gasa antiséptica, que se cubre con uno ó dos puñados de azúcar; para evitar que la sangre atraviese la cura, se coloca encima suficiente cantidad de muselina antiséptica, rodeando el todo con tafetán impermeable y una venda de gasa. La cura se levanta á los cuatro ó cinco días; por lo general, tres curas bastan para la curación completa de una amputación.

En concepto del Sr. Berthod, que ha podido apreciar la sencillez y ventajas, bajo el punto de vista de los resultados, de la nueva cura de azúcar, merece ésta estudiarse, experimentarse y tomarse en consideración por todos los cirujanos.

*El veneno de las víboras.*—Según el Dr. Driout, médico militar francés, se curan las mordeduras de las serpientes venenosas con inyecciones repetidas con permanganato potásico al 1 por 100 en el foco inflamatorio de la mordedura.

Esto se deduce de varios casos en que ha experimentado en animales, durante sus expediciones como profesor militar en Gabes y otros puntos.



Encomendamos á las oraciones de nuestros lectores el alma de D. Santiago Yañez y Santamera, canónigo que fué de Plasencia, donde ha fallecido á los ochenta y cuatro años de edad. Era un sacerdote de vida intachable, de apacible trato, y de puras y sencillas virtudes. Goce del Señor su alma nobilísima, como fervorosamente lo pedimos al cielo.

Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Juan Bravo, 5.